

GALICIA

REVISTA REGIONAL

LA INSCRIPCIÓN DE LA TORRE DE HÉRCULES (1)

Hübner da como cierto que el penúltimo renglón dice: AEMINIENSIS. Acaso tuvo en cuenta el último, LVSITANVS, y como en Lusitania se daba *Aeminium*, juzgó cierta la lectura.

He visto y examinado la inscripción. No saqué calcos porque no hubo, acaso no habrá hoy tampoco, papel para ellos, ó yo no tuve fortuna para encontrarlo: y en la inscripción leo AELAINIENSIS.

¿Fué *Aelara* una ciudad lusitana? Bajo tal forma gráfica no hallo ninguna. Sería un dato importantísimo si en algún autor griego, latino ó de época posterior hasta el siglo XIV, apareciera.

(1) El Sr. D. Bernardino Martín Minguez, sabio orientalista, Profesor oficial de Egipto y Cronista de la provincia de Palencia, ha remitido á la Academia de la Historia un erudito y concienzudo informe acerca de varias inscripciones y, entre ellas, la de la Torre de Hércules. De este trabajo publicamos solamente las citas y notas, por la especial importancia que tienen para la historia de la antigua Torre y para la de Pontevedra, que sirven á la vez de ampliación al artículo, del mismo señor, publicado en el n.º 9 de esta *Revista*, bajo el epígrafe *La Torre de Hércules*, al que remitimos á los lectores, haciéndoles de paso observar que, por error de caja, figuran en la página 433, línea vigésima quinta, las cifras 139 y 164, que deben sustituirse por las 216 y 219.

Promete, además, el Sr. Martín Minguez ocuparse de varias inscripciones portuguesas, gallegas y asturianas, en las que, merced á sus vastos conocimientos epigráficos y lingüísticos, cree ver el ilustrado epigrafista interesantes datos que han de ilustrar la historia de estas regiones hermanas. NN. del E.

Sin embargo, veré de relacionar y nada más. No permiten, ó no dan de si otra cosa los datos.

Suponen algunos autores, y entre ellos Mariana y Florez, que *Hellenes* es la actual *Pontevedra*.

En griego así la escriben ó presentan los autores: *Ἑλλης*; y en especial Strabón. Plinio ya dijo *Heleni*, añadiendo la H, sin duda por el acento áspero, y suprimiendo una L. *A Celenis, conventus Braccarum, Heleni, Gravii* (sic) *Castellum Tyde, Græcorum sobolis omnia Insulæ Cicæ*, lib. IV—XXXIV (XX) Edición Nisard.

Se admite que Ae=e. y Ai=è también: pero, en el caso actual, ¿podrá decirse que se escribiera *Aelainiensis* y se pronunciara *Eleniensis*? Teniendo en cuenta los datos que arroja la epigrafía romana en Grecia, en el Asia Menor y en Italia, debe admitirse, y aun con sólo la lengua latina. El diptongo *Ae* suena *e*, y en el latín antiguo, escrito *ai*, equivale á *è*, fonética y gráficamente, según muchísimos documentos. Tendremos, pues, que, quitando la terminación *ensis*, nos queda *Aelaini*.

En el artículo publicado anteriormente acerca de la inscripción, me fijé en la *n* para permanecer indeciso, y en efecto, de *Lacobriga* se dice *Lacobrigensis*, de *Mirobriga* *Mirobrigensis* y de *Intercaties* *Intercatiensis*. Por lo tanto sería *Aelaini* con una *i* después de la *n* y tenemos el vocablo de Plinio.

Se vé, pues, que el Sr. Martínez (D. Andrés) dignísimo jefe del Archivo General de Galicia, ha sido muy sagaz al fijarse en *Pontevedra*. Diríamos con mayor propiedad *Aelaini-a—Heleni-a—Helenia*=*Hellenes*. *Ἑλλης*.

Sin embargo, no se crea que el punto se halla concluido. Es muy delicado y merece un minucioso análisis, porque la epigrafía es muy seria si ha de ser tratada según se merece. ¿*Hellenes*, de donde procede, ó sea *Ἑλλης*?

En el índice que ponen los que publicaron la edición *Didot*, de autores griegos, se lee, en el correspondiente á las obras de *Estrabón*: *AELAIA* (*Aelaia*) aud dubie legendum pro vulgato *ELLA*, apud Stephanum Byz... et Polybium. XVI—41—3.

En el mismo índice, aparece: *ELAEA*, *ELAIA* (*Elaia*) *Aeoladidis urbs a Caico fluvio distat 12 stadia*, y en efecto *Estrabón* dice en el cuerpo del libro XIII, cap. I.

Trans Caicum duodecim a flumine stadiis Elaia est urbs Aeolica, EN DE TO PERAN TON KAIKON, DODEKA,

DIEXOUSA TOU POTAMOU STADIOUS ELAIA (con acento áspero muchas veces equivalente á H aspirada) POLIS, etc.

Hablando el mismo Estrabón de nuestra Hellenes, escribe, libro III, cap. IV. EN KALLAIKOIS..... TEN MEN KALOUMENEN ELLENES. Entre los Calaicos.... la llamada Hellenes. Conviene fijarse en el acusativo, que termina en $\epsilon\varsigma$ con epsilón, razón por la que Plinio diría Heleni.

Pontevedra es puerto de mar. ¿Tendrá relación su nombre con la siguiente ciudad, de la que Estrabón nos da cuenta en el libro XIII, cap. III? EIS ELAIAN, LIMENA KAI NAUSTAZMON TON ATTALICON BASILEON, MENESCEOS KTISMA KAI TON SVN AVTO AZE-NAION TON SUSTRATEUSAN TON EPI ILION.

Ad Elaeam, quæ urbs portum habet et stationem navium regum Attallicorum. Condita est à Menestheo et Atheniensibus, qui cum eo ad Ilium fuerunt profecti.

Una particularidad. Plinio dice: GRÆCORUM SOBOLIS OMNIA. *Insulæ Ciccæ*. Y Elaia, ciudad Eólica, distaba 12 estadios del río Caico.

Otro dato:

Pocas líneas más arriba de lo copiado de Estrabon, del libro XIII, cap. I, se hace mención de lo siguiente: se cuenta que en la ciudad de *Pitana*, ciudad *Eólica*, había una clase de ladrillos cocidos, de tan poco peso, que flotaban en una cantidad correspondiente de agua. Y añade Estrabon, que, según cuenta Pondonio, lo mismo ocurría en España con los hechos con una tierra arcillosa que sirve para limpiar vasos de plata.

¿Con todos estos datos, habrá analogía entre ambos nombres? Yo así lo creo. La *n* de *Heleni-Hellenes* la considero conservada por los romanos, porque al principio, usando el nombre de *Aelaia*, decían *Ad Aelaian* en acusativo, del mismo modo que *Ad Cippas*, *Ad Aras*, conservando el acusativo griego, y después, no solamente desaparecería la preposición, sino que tomaría la forma latina Hellenes con H, según se trasluce por la manera de escribir el geográfico Estrabón que la trasladaría gráficamente en griego según era pronunciada y se escribía en su tiempo ya relativamente reciente: y luego Plinio dijo *Helen-i* de *Heleni-a* (Helenë,) mientras que la piedra de *La Coruña* nos da la verdadera forma primitiva. Y esto se verá corroborado con un argumento nuevo.

¿Siendo Cayo Sevio Lupo pontevedrés ó de Hellenes,

porque la inscripción dice Lusitanus y no Tarraconensis?

La dificultad parece tener fuerza y sin embargo la solución me parece fácil. De todos modos no hablo nunca dogmáticamente, aunque para mí sea más probable lo que voy á exponer.

Hoy en España existe la unidad política y administrativa. La división oficial consiste en la que consta de provincias. Y sin embargo decimos Catalán, Aragonés, Castellano, etc. y en las Geografías se da la división por los reinos antiguos: *Reino de León*, etc. El que redactó la inscripción coruñesa, ¿se atendería á ser llamado lusitano el arquitecto, según la división oficial? A mí me parece que no. Y en ello siguió la costumbre antigua. Y para admitir semejante idea, me fundo, entre otros, en el siguiente texto de Estrabón:

Qui olim Lusitani nunc Callaici dicuntur: PROTERON LUSITANOUS ELEGON OI DE NUN KALLAIKOUS KALOUSI. Lib. III cap. IV.

Y como la última división, á la que me refiero, sea la de Caracalla, allá por el año 216 después de Jesucristo, división llamada Antoniniana, facilmente se podran comparar todos los datos y ser estudiados para dilucidar ampliamente la cuestión.

BERNARDINO MARTÍN MINGUEZ.

Madrid 27 de Septiembre de 1888.





LA AURORA

Envuelta en nubes de plata
Se mira con embeleso
Una deidad que arrebató
Casto beso.

El labrador la bendice,
Al soñador enamora,
Y en sus cantares la dice
Que la adora.

Con lámpara misteriosa
Ilumina débilmente
Entre lirios rumorosa
La corriente,

Que sus rizos ofreciendo
Con ternura va á la flor,
Y sus perlas esparciendo
Al redor.

La aurora su cabellera
Tiende cual un rico manto,
Y bajo la azul esfera
Todo es canto.

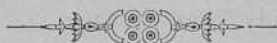
Por valles, montes y lomas
Camina con donosura,
Regalando sus aromas
Y frescura.

El pastor, la fuente, el ave,
La ensalzan cuando aparece,
Y el mar imponente y grave
Enmudece.

Mas... tiene el humano ser
Otra alborada mejor:
El hijo que á conocer
Dá el amor.

CARMEN BECEIRO

Santiago, Septiembre de 1898





GALICIA SOBRE TODO

II

Tres son las columnas en que la sociedad estriba: la agricultura, la industria y el comercio. Del desarrollo y perfección de cada una de ellas, depende el bienestar de la sociedad; pero la primera sobrepuja en importancia á las otras dos, porque de ella dependen directa ó indirectamente.

La agricultura nos enseña á cultivar convenientemente la tierra, multiplicando y perfeccionando aquellos productos naturales más necesarios á la vida del hombre, y al desarrollo de las infinitas industrias. La industria es la ciencia por medio de la cual el hombre, apoderándose de las materias que la naturaleza produce, las hace cambiar de forma, y aplicándolas á los más comunes usos de la vida, aumenta su valor. Y el comercio viene á ser el conjunto de operaciones y conocimientos para facilitar el cambio de las producciones naturales y manufactureras entre los individuos, los pueblos y las naciones, admitiendo moneda ó papel en el cambio.

De donde resulta que la agricultura es la base más sólida de riqueza de las naciones, y el medio que más eficazmente contribuye á dulcificar las costumbres de la especie humana.

Cuando en Roma florecía la república, llegó la agricultura al más alto grado de prosperidad que era posible. Las gentes del campo eran las que merecían estimación y cariño, mientras que las de la ciudad se trataban con desprecio, considerándolas como gentes ociosas; mereciendo el mismo calificativo los que por alguna causa abandonaban la agricultura y pasaban á la ciudad. Después de la nobleza, el labrador ocupaba el primer lugar. Todo militar necesitaba ser propietario de tierras, y los más altos empleados del ejército cultivaban los campos con sus propios brazos.

Hubiera llegado entonces la agricultura á su completo desarrollo, si al fin no la hubieran abandonado en poder de los esclavos y personas de muy poco celo y menos instrucción.

Con la invasión de los bárbaros del Norte, sufrió la agricultura algún retraso, porque enemigos del trabajo y avezados al robo, se cuidaban poco de cultivar las tierras hasta que por necesidad se vieron obligados.

Las órdenes monásticas fueron por aquel entonces las depositarias de los adelantos que se habían introducido en el arte de cultivar la tierra; y una vez decididos los invasores, al trabajo, á las artes é industria, fueron recibiendo de aquéllas las necesarias instrucciones, para reparar de algún modo lo mucho que se habían perdido. Sin embargo, en los siglos de anarquía que siguieron á estas revoluciones, la agricultura vióse otra vez casi abandonada, motivado á la tranquilidad que reinaba en los habitantes de aquellos países, y la tradición de las prácticas del cultivo, así como las artes é industria hubiéranse perdido en su mayor parte, si los cenobitas no hubieran conservado los preciosos restos de las ciencias y las artes.

En España, gran parte de los adelantos agrícolas y hortícolas, se debe á los árabes, á aquellos voluptuosos hijos del desierto, tan entusiastas como artistas, tan guerreros como amantes, que á pesar de asolar nuestro suelo con terribles guerras, nos prestaron su civilización, su ciencia, sus prodigiosas artes, sus sabias leyes y exaltada imaginación.

Modernamente, cuando las huestes napoleónicas invadieron nuestro suelo, determinadas personalidades se vieron forzosamente obligadas á marchar al extranjero, en donde en-

sancharon el horizonte de sus conocimientos y nos importaron muchas mejoras agrícolas, favoreciendo los adelantos de la agricultura.

Sin embargo, actualmente se halla mucho más adelantada, porque las ciencias naturales eran antes casi desconocidas, y como los progresos en la labranza estuvieron siempre en razón de los que hacían los conocimientos auxiliares de ella, hallándose hoy en su apogeo este valioso auxiliar, la agricultura tiene, naturalmente, que hacer grandes adelantos.

Por otra parte, el Gobierno, por medio de escuelas especiales de agricultura, las personas ilustradas por medio de razonados artículos, han contribuido y contribuyen á que se generalicen y se lleven al terreno de la práctica las importantes mejoras de que es susceptible esta principal base de riqueza.

Pero nosotros, sin dejar de comprender que la teoría es muy buena como ciencia, desearíamos que se practicara como arte, considerando que sus productos son inagotables en nuestro suelo, que su fomento trae consigo la baratura de la alimentación de las familias, y, como consecuencia inmediata, el aumento del bienestar y el rápido crecimiento de la población, y que estas dos partes sumadas dan abundancia de trabajadores y alimento barato, y conducen de una manera cierta y segura al completo desarrollo de todas las industrias. Por eso hace poco más de año y medio decíamos en un periódico de la Corte, que siendo tal el apego que los pueblos, sobre todo en Galicia, tienen á las antiguas prácticas, no sólo las gentes del campo sino personas de regular instrucción, quisiéramos ver en cada capital de partido, á no ser posible en todos los municipios, una escuela de agricultura, á fin de que las nociones que los niños aprenden en las escuelas, pudieran hacerse prácticas: que el ayuntamiento ó el Gobierno se encargase de proporcionar las semillas y plantas de condiciones crimatológicas á cada región, abonando el municipio los jornales ocasionados en las labores necesarias, etc.

De este modo se introducirían importantes mejoras en los pueblos, haciendo que varias plantas de interés, se generalizasen y se mejorasen las condiciones de la mayor parte. Además, como los cultivos de esta huerta habían de ser generales y particulares ó especiales, resultaría un beneficio no sólo para los niños sino para los adultos.

III

Todo agricultor, si ha de llenar cumplidamente su cometido, debe conocer el cultivo de cada especie de plantas que han de estar bajo su cuidado, en razón de que cada una tiene sus raíces que profundizan y se extienden más ó menos; conocer los diferentes terrenos y medios de mejorarlos por mezclas adecuadas, según las exigencias de cada planta; la duración ó vida negativa de cada una y clima de que procede, no sólo atendiendo á la siembra, sino también para proporcionarla los abonos más apropiados; cálidos unas veces, fríos otras, y más ó menos fermentados y enterizos.

Es necesario también que tenga conocimiento de los medios por los que más fácilmente puedan multiplicarse cada una de las especies de plantas sometidas al cultivo y época en que puede hacerse con mayor seguridad y acierto, según las circunstancias climatológicas que más le convengan.

Pero todos sabemos que nuestros agricultores gallegos, por la falta de suficientes conocimientos, tienen sumo apego á las rancias costumbres y preocupaciones de sus padres y abuelos, y opuestos por lo general á todo lo que sea reforma, siguen aquellas perniciosas doctrinas. En ninguna industria como en agricultura se observa una resistencia tan tenaz por parte del práctico á todo lo que sea teórico.

El agricultor gallego vive tan abandonado, que todo lo fia á la Providencia, cree que las tierras han de conservar siempre su fecundidad, y se preocupa poco ó nada de mejorar su condición, aunque conoce que las cosechas disminuyen; pero se lo atribuye á varias causas, muchas veces atmosféricas, sin tener en cuenta que el empobrecimiento del suelo es la causa principal.

Trabajo cuesta creer que aquel territorio del Asia Menor, cuna y semillero del género humano, hoy estéril y despoblado, fué en otro tiempo rico, floreciente y delicioso. Encuéntrase ahora completamente yerto, porque no siendo lo suficiente para satisfacer las necesidades de la densa población los productos de los sembrados, dieron en roturar los campos y talar arbolados; causas más que suficientes para empobrecerse, porque con la falta de los primeros disminuyeron los ganados, y con la ausencia de los árboles desapa-

recieron muchos manantiales, minorándose considerablemente el curso de los ríos.

Si nos trasladamos á Grecia, observaremos que en tiempo de Pericles, la producción del suelo empezaba á escasear, y entonces los griegos se van á otros países, que conquistan, porque el suyo se empobrece y deja de producir lo suficiente.

Lo mismo sucedió en Italia. El Lacio, el país más poblado antes de los tiempos históricos de Roma, ve, á pesar suyo, decrecer su población, porque las tierras no producían lo bastante: rotúranse los campos; repítase lo del Asia Menor y Grecia; empiezan las conquistas de otros países; publícase la ley Agraria; repártense las tierras, y todo inútil, pues en el tiempo de Augusto estaba la agricultura en completa decadencia.

Sabemos que nuestra querida España ha sido ponderada por su riqueza, por su fecundidad, y su hermosura, y su benigno clima envidiado por todas las naciones.

Sin embargo allá en el siglo XIV, comprendiendo los reyes que la escasez aumentaba y disminuía la población, empezaron á fijar su atención en la agricultura. De modo que en tiempo de D. Alfonso XI se publicó una pragmática prohibiendo que las tierras dedicadas á pastos, se les diese otra aplicación distinta, cuya pragmática se repitió después por D. Pedro I, D. Enrique II y otros sucesores suyos.

Y para mejor difundir los conocimientos agrícolas, el Rey D. Carlos IV se dirigió á los párrocos y prelados, por cuya razón el venerable obispo de Cuenca, D. Antonio de Palafox, allá por el año 1802, en una pastoral que dirigió al clero de su diócesis, entre otras muy atinadas consideraciones, decía:

“No hay cosa que más contribuya á mejorar las costumbres que la aplicación al trabajo, pues así como el ocio es enemigo de la virtud, el trabajo es su inseparable compañero. Ordinariamente el que trabaja no roba, no censura la conducta ajena, no excita desavenencias en las familias, no pone asechanzas á la honestidad, no hace mal á nadie; el que trabaja es un miembro activo de la sociedad, imita al Criador, porque de sus manos salen los frutos, ya naturales, ya industriales; aumenta las subsistencias para que el pobre no padezca de hambre, acrecienta sus riquezas, la de su pueblo, la de su provincia, la de la Iglesia y la del Estado; el que trabaja y hace trabajar á su familia la mantiene con honradez, la preserva de la corrupción y la hace amar de todos; el que

trabaja hace respetable á su nación, la hace independiente, sostiene el Gobierno y la autoridad de las leyes; en resolución, el que trabaja es un ciudadano pacífico, modesto y verdaderamente noble.....»

Si aquel reverendo prelado tuviera hoy muchos imitadores, algo más hubiéramos adelantado.

¿Porqué la agricultura sufrió tantos desperfectos en los países y épocas que dejamos consignadas? Porque los encargados del cultivo sólo trabajaban por costumbre, y es sabido que á la tierra hay que suministrarla las sustancias que cada año pierde en la producción de las cosechas.

Vergüenza da decirlo, pero la agricultura en la mayor parte de nuestra querida región gallega está poco menos que en los primitivos tiempos. Y de sentir es también que personas doctas y de generales conocimientos miren con desdén, sino con desprecio, esta importantísima y principal base de riqueza, admitiendo, muchas veces, en el cultivo de sus bienes, consejos de personas ignorantes que sólo por costumbre trabajan.

Supongamos que se trata de la plantación de arbolado, de las podas é ingertos, ¿quiénes son los que practican con acierto las operaciones de multiplicación y conservación de las plantas?

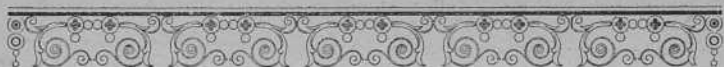
Nuestros ilustrados lectores contestarán.

Por eso nosotros afirmamos que la agricultura práctica en las cabezas de partido de Galicia produciría excelentes resultados.

MANUEL FORMOSO LAMAS.

(Continuará.)





QUIEN MAL ANDA, MAL ACABA

I

Corazón enamorado,
Genio audaz y aventurero,
Con los altos altanero,
Con los humildes su igual,
Borrascoso en las orgías,
Terrible en los desafíos,
En las citas y amoríos
Como ninguno informal.

Tal es don Tello Guevara,
De todo el mundo querido,
Y en todas partes temido
Por su audacia y su valor;
Que lo mismo en los saraos
Usa maneras corteses,
Que da tajos y reveses
En el campo del honor.

Joven aún, pues á penas
Frisa en los veinticinco años,
Desconoce los engaños
Que el mundo ofrece no más;
E intrépido, bullicioso,
Nacido para la guerra,
Nada en el mundo le aterra,
Ni miedo tuvo jamás.

Nada hay para él imposible;
Todo su valor lo allana;
No se ocupa del mañana,
Ni piensa en que ha de morir;
Y desatinado corre,
Sin valla que le detenga,
Ni brazo que le contenga,
Sus caprichos á cumplir.

No hay vida que no peligre,
Ni mujer que no avasalle,
Ni escándalo en que no se halle
Por donde quiera que va;
Y es tal la fama que goza
De osado y de libertino,
Que del vicio en el camino
Nadie se le cruza ya.

Y aquí lanza al otro mundo
A un rival de una estocada;
Mas allá deja burlada
A alguna dama, al partir;

Y sin pensar más en ello,
Ni volver atrás la vista,
De sus lances en la lista
Pone un cero... y á vivir!

En fin, por más que te asombre
Son tantas las aventuras
Y tan raras las diabluras
Que todos refieren de él;
Que, á no abonarle su porte
Gentil y su bizarría,
Cualquiera, lector, diría
Que hizo pacto con Luzbel.

II

Así, cual turbio torrente,
Revuelta, ciega, aturdida
Se atropellaba su vida,
Sin norte, rumbo, ni fin,
Cuando una noche de invierno
Negra, nebulosa, fría,
En que á altas horas salía
De regalado festín,

Notó, al doblar presuroso
De una calleja la esquina,
Que un hombre hacia él se enca-
(mina)

Y trás aquél, otros dos.
Alzó don Tello el embozo,
Y previniéndose al lance,
¡Alto! dijo, nadie avance,
O le mato ¡vive Dios!

—Mucho, sin duda, fiais
En vuestro valor, D. Tello,
Y es fuerza que así lo hagais.
—Si teneis empeño en ello,
¿Porqué tan quieto os estais?
—Para reñir nunca es tarde,
Y antes hablar me interesa,
¿Sabeis quien soy?

—Un cobarde
Que hace de su mengua alarde,
Trayendo perros de presa.
—Don Tello, no al deshonor
Ora el insulto agregueis.
¡Me habeis robado el honor!
—Pues, si en algo lo téneis,

Vengarlo os fuera mejor;
Que de razones no gusto,
Ni á darlas fácil me avengo,
Y á mi capricho me ajusto,
Y si alguien lo encuentra injusto
A la tizona me atengo.

—A fe que no es maravilla
Tan villano proceder;
Que tal por fuerza ha de ser
Quien de otro el numbre manci-
(lla,

Deshonrando á su mujer.

—Ja! ja! ja! ja!... ¿Y hasta hoy
No os ha dicho...

—¡Vive Cristo!

—Ja! ja! ja!..

—La lengua voy
A arrancaros

—Por lo visto,
Sois D. Lope...

—El mismo soy.
Riñamos!

—¿Sólo con vos
He de batirme? ¡Pardiez!
¿Y á que han venido esos dos?
Mano al estoque poned;
Que no os tiemblo ¡vive Dios!

Y habló de pronto el acero;
Y á poco púdose ver,
Del alba al rayo primero,
Un hombre al suelo caer,
Y dos echar á correr,
Y otro alejarse altanero.

Cosas del mundo, lector,
Que era entonces como hoy día,
Si no era un poco peor:

Muerto don Lope caía,
Mientras su esposa dormía
Soñando en el matador.

III

Dormidos gozaban
En nudo sabroso
De dulce reposo
Don Tello é Isabel;
Y á punto que en sueños
El torpe la besa,
Sintióse ella presa
De ensueño cruel.

Y ve, sin que de ello
Razón sepa darse,
Su estancia trocarse
De sangre en un mar,
Y en medio un cadáver
Que espanto le infunde,
Que flota, que se hunde,
Que vuelve á flotar.

Y envuelto en las olas,
Ya toca en el techo,
Ya al pie de su lecho
Se viene á estrellar;
Ya rápido gira;
Ya incierto se aleja;
Ya torna, ya ceja,
Ya vuelve á chocar.

Y ve que sus miembros,
Que yertos gravitan,
De pronto palpitan
Con propia virtud,
Y que abre los ojos
De sangre inyectados,
Que irradian airados
Fosfórica luz.

Paróse el cadáver
Enfrente del lecho;
Sacó fuera el pecho
Que rasga un puñal,
Y así recordando
Secretos agravios,
Pintóse en sus labios
Sonrisa infernal.

Cual rojos carbunclos,
Giraron violentos
Los ojos sangrientos
Que en ella clavó,
Y luego mostrando
Del pecho la herida,
El hierro homicida
Con furia arrancó.

Y cual catarata
Que salta violenta,
Y el lago acrecienta
Que forma al caer,
Hirviendo goteando
La sangre que brota,
El mar alborota,
Que empieza á crecer.

Y crece... ya toca
Las blandas almohadas;
De sangre manchadas
Las blondas se ven,
Y anégase el lecho,
Que al snelo enclavado,
Del líquido odiado
Resiste el vaivén.

Ya al cuello que hiergue
La sangre le alcanza;
Sobre ella se lanza
La sombra infernal,
Y extiende los brazos,
Y entre ellos la oprime,
Y trémula esgrime
Su agudo puñal.

¡Mil veces perjura!
¡Ya basta! le grita
La sombra maldita,
Don Lope Montiel;
Y asiéndola airado
Del suelto cabello,
“¡Despierta á don Tello!
¡Despidete de él!...,”

Le dice, y fulmina
De nuevo el acero:
Su instante postrero
Llegado ella cree;
Mas lucha, le esquivo;
De pronto sorprende
La daga que pende,
Del tálamo al pie;

Desnúdala, hiere,
Y el golpe no hierra;
Un ¡ay! que la aterra
Don Tello exhaló;
Y al ver que de muerto
Le hirió la cuitada,
Feroz carcajada
La sombra lanzó.

M. MACÍAS.





A LA MEMORIA

DE LA INSIGNE POETISA GALLEGA ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA.

ELEGÍA (1)

¡Adios!!..

Al trasponer del sol, de las remotas
Y altas montañas á la mar bravía
¡Un ave cayó un día
Con las dos alas rotas!..
Y en rasgado peñon desierto un nido
Vióse á la luz febea;
De la escondida ermita una campana
Rompió el silencio en la tranquila aldea;
Y un pobre caminante cruzó á solas
La extensa playa y observó en la bruma,
Que al ave muerta la elevó la espuma
Casi hasta el Cielo entre las turbias olas.

(1) Esta elegía, inspirada en la antigua *escuela salmantina*, fué considerada digna de la publicidad en el Certamen literario que, en 1885, se celebró en la Coruña para honrar la memoria de Rosalía Castro.

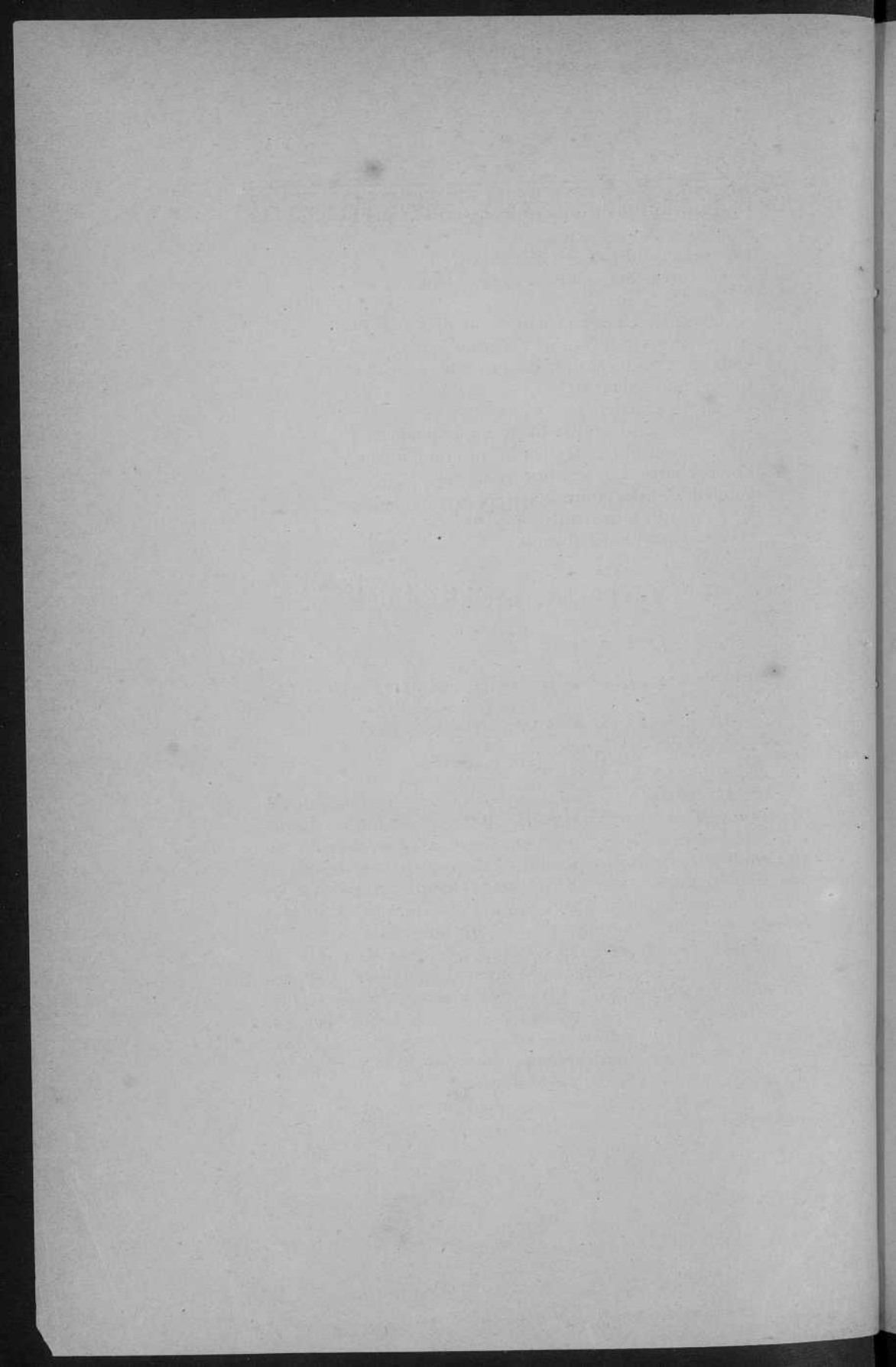
¡El ave fuiste tú!... ¡Ah! ¡Quién pudiera
Romper el cautiverio
De la humana razón, y, entre el celage
De un sol que ha de morir, ver el misterio
Del firmamento azul!... Pero ¿quién sube
Del Cielo hasta la cumbre? ¿quién se abraza
De un planeta en el fuego? ¿Quién traspasa
La más próxima nube?...
Yo soy el caminante que rendido
Llegué hasta el mar que te sirvió de tumba
¡Y hallé desierto en el peñón tu nido!
Noche.... lóbrega noche que, entre el duelo,
Sin patria y sin hogar me hallo en el mundo....
¡Ave de rotas alas, sube al Cielo
Mientras que hoy quedo junto al mar profundo!...
¡Oh, bardos celtas! ¡Descolgad las arpas
Del sauce y del laurel!... Negros crespones
Cubran las aras del altar *galáico*
Donde *Ella* puso el pie!.. Tiernas canciones
De las brisas del *Sar* tristes gimieron....
¡Ay de los ecos que en la selva estaban!
¡Ay de las liras que hoy se estremecieron!
¡Ay de las aves que en su hogar cantaban!
¡Ay de los que la vieron!..
¡Quién pudiera dar vida al mármol frío!
¡Quién pudiera animar la errante sombra!
¡Quién pudiera hoy llenar todo el vacío!..
¡Quién sujetar pudiera el soplo leve
De ese fluctuante espíritu albergado
En la humana razón!.. Pero... ¿qué arguye
Mi pensamiento aquí?... Formad de nieve
Uua estatua y vereis que al sol dorado
Muy pronto se derrite y se destruye.
Nieve es nuestro poder.... ¡nieve tan sólo!
Que en Dios está del sol la hermosa llama.
¡La nieve se derrite hasta en el Polo!
¡El sol al muudo inflama!
¿Qué puede contra el viento más ligero.
La solitaria espiga que en los campos
Se rinde ya al nacer? ¿Basta el alero
Del rustico tejado,
Do el pájaro se alberga, para escudo
Del terrible huracán rugiendo airado?...

No basta, no!... Los hombres no comparten
Con Dios todo el poder, pues, cuando zumban
Los aires del invierno,
Los más robustos árboles se parten
Y las torres más altas se derrumban!...

• • • • •
¡Duerme, *Cantora*, duerme el sueño eterno!!..
No puedo ¡ay! levantarte entre el sudario
Que encierra tu ataúd; si eso pudiera,
Cual genio solitario
Contigo recorriera
La inmensidad azul!... pues, no se pasma
Mi alma ante tu espectro, y, mi amor mismo,
Por revivirte á tí, se abrazaría,
Gimiendo, á tu fantasma,
Y, agarrado á tu manto, hoy rodaría
Hasta el profundo abismo!!..

ALFREDO G. DÓRIGA.







APUNTES HISTÓRICOS

EL VOTO Á SAN ROQUE

A MI DISTINGUIDO AMIGO EL ILUSTRADO DIPLOMATA Y ESCRITOR

D. A. MARTINEZ SALAZAR

Terrible peste, que cirujanos y médicos calificaban de *tabardillo maligno*, sufrió en el año 1698, el pueblo de Lugo. Los dos párrocos, que prestaban los llamados *auxilios espirituales* á los atacados por tal epidemia, apenas descansaban un instante, ni tampoco los seis tenientes curas que les ayudaban, infatigables; ¡tantos eran los enfermos! Víctimas de ella, que duró cuarenta días de los meses de Agosto y Septiembre, fueron, en gran número, personas de todas las clases sociales, especialmente de las más humildes, y de todas edades. Excitada por el pánico reinante, llegó la autoridad á prohibir la entrada y aún la salida de los forasteros. La población, enlutada, lloraba tamaña desgracia, á la manera que la mujer buena lamenta sin consuelo la pérdida de su esposo, que era luz de su existencia.

En vano los facultativos pugnaban por descubrir un específico que pusiera á la peste fin. En vano también, los re-

ligiosos del convento de San Francisco celebraban con el mismo objeto *rogativas* y novenas á San Roque. No se conseguía el remedio para tan desastroso mal.

Entónces, y para pedir á Dios, el gran Artífice, misericordia, determinóse que tuvieran como han tenido lugar procesiones, que formaban todas las comunidades y hermandades con sus respectivos estandartes, el cabildo, el prelado, el ayuntamiento; en fin, el vecindario entero, que, cuando no en el suelo, fijaba humildemente la vista ora en el Santísimo Sacramento, ora en las imágenes de la Virgen de los Dolores y de San Roque, llevadas en andas. En señal de mortificación, desde el obispo, autoridad poderosísima y, por lo tanto, respetada en aquella época, hasta el mendigo, ser despreciado en cualesquiera tiempo, iban—¡espectáculos tristes!—descalzos y llevaban crucifijos y, pendientes del cuello, sogas. “Los alcaldes,”—dice un manuscrito, de que tomo estas notas, existente el Municipio de la ciudad antes mencionada—“iban sin varas, los capitulares con capas de luto, coronas de zarzas y una vela, dejando las espadas y mazas cubiertas de luto.”

Lo muy aciago de aquellos días, determinó una pequeña fiesta, que se hace cada año. El 17 de Agosto, á las nueve y media de la mañana, sale de la Casa consistorial el ayuntamiento precedido de guardias municipales, en dos hileras, y de los maceros, y seguido de una banda de música, con direccióu á la capilla de San Roque, sita en el barrio del mismo nombre, en la cual, cumpliendo el voto que cuando la peste de 1698 hizo la amurallada ciudad, se dicen misa y sermón, en que, por lo general, se consagra un recuerdo á las desgracias por la citada epidemia causadas; y se dicen á costa del municipio, que, al efecto, da anualmente treinta pesetas á la cofradía del *Santo* y además una *limosna ó propina* al orador sagrado, según resulta de la cláusula sexta de una escritura que otorgó con la citada cofradía: obra unida al consistorio de 14 de Agosto de 1773 y no la copió, porque, á mi juicio, estas notas, aunque ligerísimas, dan una idea de lo que es el *Voto á San Roque*, frase que despierta en Lugo el recuerdo de la, ya que no particular, pues son desgraciadamente comunes sucesos de esta naturaleza, sombría historia de Agosto y Septiembre de 1698.

MANUEL CASTRO LÓPEZ.

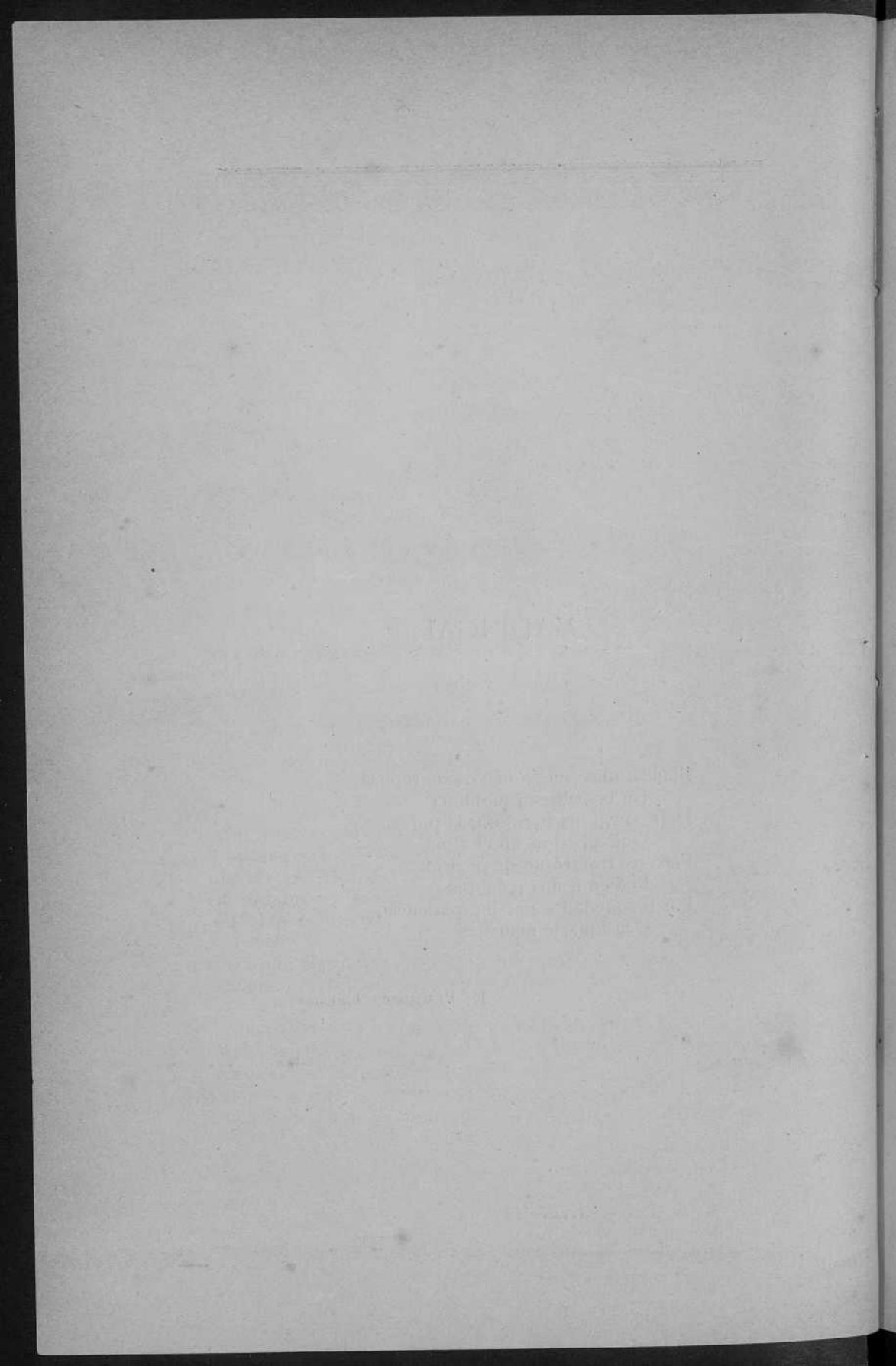


MADRIGÁL

Blanca, más que la nieve que reposa
En la enhiesta montaña
Debe ser, niña hermosa, la pureza
Que albergas en el alma.
Pero no trataré yo de decirlo;
Pudieran mis palabras,
Por tosquedad ó por inespriencia,
Ocasionalle manchas.

R. PESQUEIRA CRESPO

Madrid.





UNA JOYA ARQUITECTÓNICA DE SANTIAGO

A MI ANTIGUO MAESTRO D. JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ SÁNCHEZ,
CATEDRÁTICO DE HISTORIA
EN LA UNIVERSIDAD COMPOSTELANA.

La encantadora región gallega encierra en su seno, mezcladas en agradable confusión, las maravillas del pasado y las grandiosidades de la edad presente. Al lado del vetusto monumento, obra de los tiempos *que fueron*, levántanse las modernas creaciones del progreso. Lo nuevo y lo viejo parecen mirarse con arrogancia y orgullo.

!Qué inmenso placer, qué misteriosa sensación impresiona el alma, cuando contemplamos tan hermoso y sublime maridaje!

La ciudad Compostelana representa en Galicia la matrona triste y melancólica que, cubierta con el sudario de la ancianidad, canta y glorifica el genio de nuestros antecesores. Antes de entrar en su recinto, descubre el viajero el contorno de las siluetas de sus colosales monumentos. Allí alzanse

las torres de los cristianos templos, como misterioso dedo que señala al hombre las gradas del trono de la eternidad; allí extiéndense abundantemente las sombras de lo pasado, llenando de recuerdos el pensamiento y haciendo vibrar con encantador plectro las cuerdas del corazón.

En Santiago experimentase esa extraña emoción que nos domina y subyuga, cuando fijamos los ojos y la inteligencia en las obras por la antigüedad legadas, y que son como lenguas elocuentes que celebran la grandeza del hombre.

Las corrientes de observación y análisis que hoy animan y alientan la humana inteligencia, engendran en unos curiosidad y en otros ansia y deseo de conocer el grado de adelanto é ilustración de las pasadas generaciones. Y la Arqueología es considerada, con justa razón, como poderoso auxiliar, para realizar tan provechoso estudio. Ciertamente es que aquella es ciencia moderna, merced á los esfuerzos prodigiosos del ilustre autor de la *Historia del Arte* Winckelmann, cuya admirable tarea continuaron el italiano Visconti, el erudito y artista Müller, el conocido Champollion y los no menos celebrados Mariette-Bey, Winkilson, Kramer, Bottá, Humboldt Viollet le Duc, Longpérier y otros muchos que sería empresa prolija y cansada enumerar; pero también es innegable que nunca faltaron sabios que detuviesen su atención en los asuntos que constituyen y forman la materia de esta ciencia. Y compréndese que así sea, si se tiene en cuenta que con frecuencia las huellas que la mano del hombre imprime en un monumento cualquiera, sirven de guía á la razón para descubrir el tesoro de lo desconocido, y el filón de lo misterioso.

Los pueblos y los individuos aman y veneran sus tradiciones y de este sentimiento nace el afán de admirar y estudiar los hechos que á ellas corresponden.

El hombre, al fijar su pensamiento en los horizontes de lo porvenir, no se olvida, no, de tender su mirada al camino recorrido por la Humanidad, y es que en él suele hallar el faro que iluminando su inteligencia, muéstrale, con el esplendor de la verdad, el sendero recto que ha de conducirle al trono de la ambicionada dicha.

La Arqueología suministra valiosos elementos y apreciables recursos á la *maestra de la vida*, arsenal de hermosas máximas y sublimes consejos. Así lo comprendieron los sabios precursores de los arqueólogos, Flavio Josefo, autor de las *Antigüedades Judaicas*, Dionysio de Halicarnaso, que es-

cribio las *Antigüedades Romanas*, y Pausanias, tan admirado por su libro *Itinerario de la Grecia*.

Pero ¿para que he de detenerme á demostrar la influencia prodigiosa de la Arqueología en el conocimiento de *lo que fué*? No sabemos todos que á veces los rasgos trazados en una piedra nos enseñan la peculiar manera de ser de una época, ó el carácter de una sociedad? ¡Tan grande es la importancia de la Arqueología!

Después de lo que queda dicho, que será para algunos inútil preliminar, examinaré, aunque ligeramente, *una joya arquitectónica*, la única en su clase en el mundo (1) y que enriquece con su mérito el conjunto de monumentos que dan celebridad á la ciudad Compostelana.

Al S. E. de Santiago álzase el antiguo asilo del Obispo D. Munio. El viajero que lo contempla y conoce sus vicisitudes históricas, siente en su mente bullir, en confuso tropel, múltiples y variados recuerdos. ¿Y cómo enmudecer ante la magnificencia artística que resplandece en la iglesia de Santa María de Sar? Si queremos investigar su origen, la imaginación piérdese en la oscuridad de la tradición. El pueblo gallego es el pueblo de las leyendas misteriosas, es soñador, es poético y su creadora fantasía forja los delirios y devaneos que imprimen el sello de religiosa veneración á los viejos monumentos que son como la encarnación de sus antiguas glorias.

Las invenciones populares parecen embellecer con vistosos colores y con hermosas tintas ora el vetusto templo, albergue y morada de milagrosa Virgen, ora el encantado castillo, cuyos blasones declaran las hazañas gigantescas de insignes héroes, ora los viejos sepulcros, ó las yacentes estatuas que agrietados y borrados por la demoledora piqueta de los siglos muéstranse ante la *loca de la casa*, como el fantasma negro y sombrío que se levanta de la tumba para cantar con imponente y profundo acento la grandeza del pasado.

La iglesia de Sar también cuenta sus milagrosas leyendas, y la voz del pueblo y la pluma del poeta hermopearon con los dorados y luminosos rayos de la imaginación la historia del celebrado asilo del ilustre Obispo Valibriense. ¿Quién no conoce la famosa leyenda de la reina Lupa? ¿No

(1) José María Fernandez Sanchez y Francisco Freire—Diario de una peregrinación—Barreiro—*Galicia Diplomática*—n.º 1.º Tomo I.

repitieron esclarecidos autores el relato del suceso que se cree acaecido el año 45 de J. C. en las orillas del Sar? ¿Qué extraño es, pues, que los habitantes del barrio de Sar cuenten con entusiasmo y respeto los curiosos pormenores de la leyenda citada?

Cuando en la historia encuéntrase un vacío, las conjeturas, los delirios y los devaneos producen con frecuencia esos fantásticos relatos que si alimentan y satisfacen las ansias de de la fantasía, también ofrecen muchas veces la luz que ilumina los tortuosos senderos de la investigación científica. Por esta razón creo yo que las leyendas no deben ser despreciadas, y si muy estimadas, porque en ellas siempre vive algo que es real é histórico. No ha sido mi objeto, al escribir estas líneas, estudiar y examinar minuciosamente la multitud de circunstancias, las variadas vicisitudes y los curiosos detalles que afectan mas ó menos directamente al origen y fundación de la iglesia de Santa María de Sar, porque otras plumas mas sabias que la mía realizaron tan difícil empresa. Mi carta se reducirá á apuntar las bellezas de la obra maravillosa que me ha inspirado misteriosos sentimientos, que no siempre se extinguen con el frío hielo de la indiferencia. Cuando en el pecho late un sensible corazón, algo grande y sublime en él se siente al contemplar las magnificencias del arte; y el mío no es tan ruín que no experimente las dulces y hermosas sensaciones que produce la admiración de un glorioso monumento, donde los resplandores de lo bello inundan el alma de clarísimos fulgores.

Como curioso viajero, y no como artista, porque esta dote no me engalana, aunque, por otra parte, bien pudiera afirmarse que desde el momento que el hombre sabe apreciar y sentir lo que de bello existe en las cosas puede sin duda alguna adornarse con tal epíteto, acerqueme al templo de Sar y, sin escrúpulos lo confieso, en su aspecto exterior nada me declaró, á la primera mirada, el mérito inmenso que lo enriquece. ¿Y cómo no había de ser así, cuando está ceñido y circundado por robustos y vigorosos arbotantes, ennegrecidos por la acción que las edades imprimen al monumento un tinte de rusticidad desagradable y hacen desaparecer su belleza exterior; y por esta razón, antes de examinarlo detenidamente, fórmase un concepto pobre y desfavorable acerca del extraordinario mérito que tanto lo herмосea. Mas si nos fijamos bien en él, descubriremos, entre otras bellezas ar-

quitectónicas, dos magníficos ábsides y un hermoso frontón bizantino con una ventana circular.

Después de contemplar la parte exterior, digna de minucioso estudio, entré en el templo. ¿Qué he visto? No sé como expresar la fuerte impresión que sentí, sólo sé decir que al fijar mis ojos en aquellos inclinados muros, me estremecí. ¿Qué extraña sensación hizo palpar con rapidez mi corazón? ¿Acaso el terror? ¿Quizá algún sentimiento de profundo misticismo? ¿Tal vez algún fatídico recuerdo?

Profundo silencio reinaba en aquel recinto; los pálidos y débiles destellos reflejados por pequeñas y pintadas ventanas cubrían aquellas negras tumbas y aquellos oscuros altares con el lúgubre manto de la melancolía; aquellos gruesos pilares parecían desplomarse, aquellos arcos y aquellas bóvedas me inundaban pavor, aquellas paredes me aterraban, porque su inclinación me hacía creer que se quebrarían en mil fragmentos, y aquellas yacentes estatuas inertes, frías y severas, aunque mudas, se me presentaban como sombríos fantasmas que me increpaban con cien lenguas y múltiples y roncacos acentos.

¡Qué sorpresa producen aquellos muros! ¡Qué estremecimiento causan aquellas vetustas piedras! ¡Todo, en fin, es allí imponente y conmovedor!

Léase lo que á este propósito escriben los ilustrados escritores D. Francisco Freire Barreiro y D. José María Fernández Sánchez, el uno antiguo profesor de la Escuela de Fonseca, y el otro erudito historiador, sabio catedrático y concienzudo maestro que, lleno de ciencia y cubierta su venerable cabeza con la blanca nieve de los años, instruyó con sus extensos conocimientos á numerosas legiones de escolares, en cuyas filas ha tenido la honra de figurar el que estas líneas escribe. Así exclaman tan preclaros escritores: "Al penetrar en el templo, el primer impulso del que le visita es retirarse precipitadamente: parece que se desploman aquellos pilares, que se vienen al suelo aquellos arcos, que se bambolean sobre sus bases aquellas hermosas columnas, que se cuartejan aquellos muros, que se hunden aquellas bóvedas y va á repetirse la catástrofe del templo de Dagon.", (1)

Tranquilo el ánimo al desvanecerse el miedo con el convencimiento de que los temores nacidos al contemplar tan estupenda maravilla son hijos de la fantasía, experimentase grata sensación admirando aquella prodigiosa obra.

(1) V. Santiago, *Jerusalem, Roma, Diario de una peregrinación*. Tomo I.

El templo de Sar mide próximamente 30 metros de longitud y 13 de ancho, consta de tres naves, divididas por diez gruesos pilares, cinco á cada lado; en las cuatro columnas bizantinas que adornan cada uno de los pilares y en las de los muros estriban hermosos arcos torales y fermezos. Las tres naves están cubiertas por magníficas bóvedas en número de quince; las bóvedas centrales, inmediatas á la Capilla Mayor, son ojivales.

La circunstancia que más enriquece este monumento es, como puede fácilmente deducirse de lo expuesto, su carácter de *templo inclinado* (estilo románico bizantino) del siglo XII. Y en verdad que es digno de estudio el grado en que sus paredes hállanse separadas de la vertical. Los escritores antes citados dicen que no creen más arriesgada la empresa estupenda que llevaron á cabo los arquitectos de las renombradas Torres de Pisa, de Bolonia y de Zaragoza, y esta afirmación corrobórala un anticuario gallego, asegurando que la celebrada Torre de Pisa no es tan digna de admiración como el templo de Sar. Puede, por la opinión de estos escritores, deducirse cuán grande é inmenso es el mérito de esta joya arquitectónica. Para formar un concepto más ó menos exacto y perfecto de tal maravilla, basta entrar en aquel misterioso recinto, y la extraña sensación que se experimenta al contemplar aquellos inclinados pilares, engendra en el corazón un afecto de sorpresa y terror, un sentimiento de atracción y repulsión, que si nos estimula á fijar la vista y la inteligencia en tan ingeniosa concepción de mecánica, también nos impulsa á alejarnos de aquellas piedras que parecen amenazarnos con la muerte.

Yo no me cansé de admirar la grandeza de la iglesia de Santa María de Sar, y siempre mis curiosos ojos hallaban nuevas bellezas que admirar, ora en las magníficas columnas, ora en los lindos arcos, ora en los esbeltos capiteles, ora, en fin, en los numerosos detalles artísticos que tanto hermean aquel monumento.

¿Cómo explicarnos la inclinación de más de medio metro de aquellos muros? ¿Fué obra del artista? ¿Acaso débese á una causa natural? Divídense las opiniones al dilucidar este importante asunto. Algunos arqueólogos aseguran que semejante inclinación fué efecto del hundimiento del terreno sobre el que la Fábrica se asienta, y por el contrario otros afirman que no reconoce otra causa que la ciencia y pericia del arquitecto. ¿Que opinión debe seguirse? Yo creo mas

acertada la última. ¿Por qué? Argumentos poderosos la apoyan y sostienen. Si la inclinación del templo fué producida por el hundimiento del terreno, ¿cómo hallar razón que justifique la perfecta simetría de tal inclinación? ¿Cómo los sillares están ajustados con exactitud? ¿Cómo las paredes no muestran ninguna quebradura? ¿Cómo los pilares no sufrieron el menor detrimento? ¿Cómo las bóvedas no aparecen cuarteadas? ¿Cómo, en fin, aquellos muros no se rompieron en mil pedazos?

Citaré también como joyas artísticas los hermosos sepulcros que existen en el templo de Sar, entre los cuales merece especial mención uno de fines del siglo XV, de granito y con delicada y bien cincelada estatua yacente; por el epitafio sábase que allí se guardan y conservan las cenizas del ilustre "D. Gomez Gonzalez do Canabal." Pero lo que reviste mérito singular es el *Claustro*: en este ofrécese á la contemplación del observador verdaderos prodigios arquitectónicos, tantos que, con existir un solo lienzo, el septentrional, experimentase indescriptible júbilo y asombro inmenso, admirando las múltiples bellezas que lo esmaltan; allí mézclanse en agradable tropel todas las riquezas del estilo románico-bizantino, y allí renació en el corazón la sorpresa que nos dominó al hallarnos frente á los pilares y paredes interiores del templo: la inclinación del monumento aparece notablemente señalada en aquel hermoso lienzo. ¡Qué magnificencia en sus detalles! ¡Qué delicadeza en sus columnas! ¡Qué sencillez y majestad en sus arcos! Son éstos nueve, y preséntanse enriquecidos con trabajos tan graciosos y esbeltos, tan grandes en mérito y tan pequeños en extensión que al admirarlos, recuérdanse las preciosas columnas que hermocean la fachada meridional, estilo bizantino (siglo XI) de la célebre Catedral Compostelana.

Al salir de aquel misterioso recinto, siéntese esa honda pena que produce siempre la separación del objeto, con cuya contemplación experimentamos grata satisfacción. Y en verdad que las satisfacciones que afectan al sentimiento estético halagan de tal manera el alma, y alientan tanto la inteligencia y el corazón, que hacen engendrar en nuestro ser ansia febril, vehemente deseo de conocer y admirar las sublimes y soberanas manifestaciones del Arte. ¿Cómo alejarnos sin dolor de aquel hermoso lugar? Allí en aquellas viejas piedras resplandece el genio del ilustre Arquitecto que, dando viva realidad á las prodigiosas concepciones de su inteli-

gencia, creó la obra magnífica y sorprendente que contemplaron con admiración y respeto los siglos y las generaciones; allí, levántase el antiguo asilo del insigne Munio Adefonsides (1), célebre escritor, uno de los autores de la *Historia Compostelana*, importante personaje de su época y principal promovedor de las cuestiones que agitaron los ánimos y encendieron la pólvora de las venganzas en contra del Metropolitano Gelmirez; allí parecen alzarse de la fosa del olvido las augustas sombras de los varones virtuosos y sabios que yacen en fríos y blancos sepulcros; allí, las paredes inclinadas muestran el adelantamiento de las pasadas generaciones y nos declaran de un modo elocuente que en el siglo XII no pasaban como misteriosas las mas preciadas conquistas de la Mecánica; allí nuestra fantasía es halagada por gloriosos recuerdos que cantan las formidables contiendas, las encarnizadas luchas, las reñidas peleas, que allá, en ese período de constante agitación, determinante de la formación de las modernas sociedades, que se llama en la vida de la Historia, Edad Media, conmovió los brazos y las voluntades de los dos poderes que por espacio de largos siglos se disputaron el dominio del Universo; allí, sí, evócanse en nuestra mente múltiples hechos, gloriosas hazañas y célebres nombres que engendran en el corazón ora la ronca voz del desprecio que maldice con execrable anatema á aquellos que manchan las páginas de la existencia de la Humanidad con la asquerosa baba de la maldad, ora los dulces acentos, las sonoras armonías, que bendicen y saludan con entusiasmo á los que llenan de gloria la vida de las naciones; allí, en fin, vense brillar, con la refulgencia de la hermosura, las esbeltas y delicadas bellezas que enriquecen los diversos estilos arquitectónicos, desde el bizantino al románico, desde el ojival al del renacimiento, desde el churrigueresco al greco-romano.

¿Cómo, pues, permanecer mudo ante tan magna obra? ¿Cómo no celebrar la grandeza del templo de Sar? Menester sería poseer un corazón atrofiado y sin sangre para no expresar la respetuosa veneración y el sincero y noble entusiasmo que inspira aquella maravilla del siglo XII. Por esta razón, despues de contemplar el templo de Sar, sentí vivos

(1) Así le llama el P. Florez (España Sagrada.—Tomo XVIII) y Masden le da el nombre de D. Munion.—En el diploma original de Gelmirez, según advierte Barreiro, "se le llama simplemente Munio, hijo de Alfonso."

deseos de apuntar sus principales bellezas, no con la pluma de artista, y sí con la del curioso y entusiasta admirador de las grandezas de la patria.

Y á pesar del extraordinario mérito del templo de Sar, maravilla sorprendente, única tal vez—como afirman ilustres escritores—en la historia de la arquitectura, es ¡vergüenza produce confesarlo! abandonado por aquellos que desde las altas gradas del Poder tienen la misión nobilísima y honrosa de conservar las glorias que sirven de timbre, de honor y orgullo á la patria. La turbia ola de la pasión insana quíebrase contra los hombres, y estos, en lucha constante con el fantasma creado por sus egoismos y ambiciones, olvídanse de levantarse sobre el lodo de la vida y fijar los ojos y el pensamiento en los amplios y hermosos horizontes donde se agitan y titilan las estrellas de las ideas grandes y sublimes. ¡Triste suerte la de aquellos que desprecian los tesoros del humano entendimiento, y se sepultan en los abismos de la indiferencia ó en los profundos precipicios de la inmoralidad! ¿Para que pintar tan graves males? Ellos parece que se mezclaron con la médula de los huesos que componen el humano organismo. ¡Tan grande es el imperio del vicio en el hombre!

La indiferencia de los Gobiernos, que se olvidan de proteger un monumento maravilloso, es en verdad digna de las mayores censuras, y no pocas serán las que la historia escribirá en sus páginas.

Los viajeros visitan á Santiago, y se alejan de esta ciudad sin visitar el templo de Sar, por que ignoran que allí existe tesoro tan hermoso. ¿Porqué? El abandono y la indiferencia cubren con el manto del olvido aquella joya que se oculta cuasi siempre á los ojos del artista que acude á Compostela á satisfacer las ansias de su inteligencia. No ha muchos días visitaron aquella ciudad dos jesuitas franceses, admiraron todos sus edificios y maravillas; pero preguntados por mí, si habían visto la iglesia de Sar, contestáronme que no la conocían, y no se lamentaron poco cuando hube de referirles las grandezas y hermosuras que enriquecen tan preciosa joya.

¿Por qué no se cuida de aquel monumento? ¿Porqué no se protegen aquellos muros contra la acción demoledora de los siglos? ¿Porqué no se procura extender por el mundo el mérito de un templo inclinado del siglo XII? ¡La más cruel indiferencia cubre con el tupido velo del olvido tan prodigiosa

obra! ¡Aquellos venerables muros, que parecen quebrarse en mil fragmentos, son despreciados por el orgullo y la ambición de los hombres! ¡Aquellos inclinados pilares presentan-se como débiles ancianos que ostentando las arrugas de la vejez, lloran su perdida grandeza y esperan con noble resignación el momento espantoso que ha de sepultarlos para siempre en la tumba de la muerte!....

M. CASÁS FERNÁNDEZ.

La Coruña, 1389.





A AURELIO AGUIRRE GALARRAGA

—
SONETO

Pasó, pero resuena todavía
el eco de sus pasos en el mundo,

(ALFREDO VICENTI.)

Perdón, poeta, ya que audaz se lanza
En pos de tí, con desbordado anhelo,
Mi triste corazón que mira al cielo
Y al verle lejos pierde la esperanza.

Hoy, que la tempestad rugiendo avanza,
Y á nuestras plantas se estremece el suelo,
Y duda la razón, y en su desvelo
El hombre busca lo que nunca alcanza.

Húndese el alma en su dolor profundo,
Se rinde el corazón al desaliento,
Y como tú, perdido en la vereda,
Cruzando á locas la aridez del mundo,
Ni sé adonde volver el pensamiento,
Ni sé que playa al abordar me espera.

ALBERTO GARCÍA FERREIRO.

Santiago, 1897.



EL ALFÉREZ MAYOR DE ORENSE

Felipe II, el Prudente—como le llama el historiador de sus *dichos y hechos*, D. Balthasar Porreño—aumentaba su poder absoluto y personalísimo, usurpando ó desvirtuando los fueros, preeminencias y atribuciones por sus predecesores concedidos á las ciudades y villas de sus Reinos y á los antiguos Señores jurisdiccionales, mediante la creación de funcionarios civiles y militares por él nombrados, y provistos de autoridad y facultades superiores á las inherentes á otros cargos no realengos, que ya existían de tiempo inmemorial.

Muy mal recibida fué en Galicia la creación del cargo de Alférez mayor, (1) *oficio* perpetuo que llevaba anejo el de primer Regidor del Ayuntamiento, con voz y voto y paga doble que los demás Regidores, y el ser, de hecho, el más alto puesto militar de la ciudad y su provincia, y concedido por el

(1) Parece haber sido creado este cargo en Galicia, en 1590. En 1595 había en este Reino tres Alféreces mayores; en la Coruña, Orense y Betanzos.

Rey á aquellas personas nobles y ricas que habían contribuído al Real Tesoro con ciertas cantidades "para las necesidades y defensa de los Reinos,, (con 500 á 900 ducados) (1).

A principios del año 1591, el nombramiento de Alférez mayor de Betanzos ocasionó un conflicto en aquella antigua ciudad, y un ruidoso litigio, del cual se deduce que la resistencia á obedecer el mandato del Rey partió de los Capitanes de las Compañías de aquella Ciudad, que habían sido nombrados por el Gobernador y Oidores del Reino, y á la que no fueron ajenos los Regidores y aun los vecinos de la misma (2).

Es digno de notarse que en Betanzos fué el Corregidor quien apoyó con gran diligencia al Alférez mayor, mientras que en el caso de que vamos á ocuparnos, el Corregidor de Orense, haciendo causa común con la Ciudad y el Obispo, molestó cuanto pudo al primer Alférez mayor, prohibiéndole entrar con espada en el Ayuntamiento, bajo diferentes pretextos.

He aquí la historia del nombramiento del primer Alférez mayor de la Ciudad de Orense y su partido, tomada de documentos fehacientísimos.

A mediados del año 1590 pidió al Rey el Capitán Benito de Prado, vecino de la ciudad de Orense, el *oficio* de Alférez mayor de la misma y su partido. El Rey, por cédula fechada en San Lorenzo, á 29 de Junio de dicho año, mandó á su Corregidor en aquella Ciudad que hiciese información de "si conbendría crear en ella el dicho oficio e de su valor e los daños e inconvenientes que dello se pudieran seguir,,. El Corregidor Diego Coraxo "hizo la información y escribió al Consejo de Hacienda su parecer en este negocio,, siendo de presumir que una y otro no fueron favorables á la creación del nuevo cargo; pero, esto no obstante, al Consejo "le pareció ser útil y conveniente que en la ciudad de Orense hubiese el tal oficio de Alferez mayor, que, creándolo, el Rey sería servido con mayor cuidado en las ocasiones que se le ofrecieran, y se hebitarian escándalos que podían subceder no habiendo el tal oficio: que el Capitán Benito de Prado era benemerito para él, y tenia todas las calidades requeridas para semejante oficio,,.

(1) De 5.500 á 9.900 rs. von.

(2) V. *El pleito de las banderas de Betanzos*, págs. 261 y sigtes., T.^o 1.^o de esta *Revisia*.

Despachado el título de Alferez mayor "en cabeza," de Benito de Prado, acudió al Consejo Juan Fernández Cid, en nombre del Concejo, Justicia y Regimiento de la ciudad, diciendo "que no convenía ni se podía perpetuar dicho oficio, ni darlo al capitán Benito de Prado, ni á otra persona, porque aunque en aquella Ciudad se nombraba Corregidor en nombre del Rey, todos los oficios de Regidores, Procuradores y Escribanos y demás de dicha Ciudad, eran de proveer del Obispo della y que aunque el Corregimiento se proveía por su magestad, *habia sido por cierto auto de interin* del Consejo Real de Justicia, dado que los demas oficios quedaran á la provision del Obispo, como antes estaban de tiempo inmemorial, quien, por cédula Real que al efecto tenía, nombraba Capitan, Alferez y los demas oficiales en todas las ocasiones que al Rey se le ofrecía, como lo hizieron en el socorro del Burgo. Que habiendo Alferez mayor en la Ciudad, los vecinos de ella no saldrian con tan buena voluntad á las ocasiones que al Rey se ofreciesen, y especialmente dando el oficio al Capitan Benito de Prado, porque le harían malos tratamientos á los vezinos de la ciudad con prisiones y penas."

Otras muchas razones se alegaron por parte de la ciudad, contradiciendo la creación del oficio de Alferez mayor de Orense y el nombramiento de Benito de Prado, quien, á pesar de que la ciudad se oponía, insistió en que le fuera entregado el título de Alferez, ya expedido.

En tal estado el asunto, "salió el Obispo á la causa," por medio de su Procurador Pedro Ruiz de Caravias, diciendo "que el Rey no podía disponer del oficio de Alferez mayor, ni dar título de él á persona alguna, por ser suya la prohibición de todos los más oficios del Ayuntamiento, y que de su dinidad episcopal avía de ser con lo primero que se le diese el título,,".

Visto lo por ambas partes alegado, se proveyó por el Consejo, en 8 de Agosto, un auto por el cual se ordenó dar traslado de lo obrado al Fiscal del mismo, suspendiéndose en tanto la remisión del título de Alferez mayor. El Fiscal informó "que por muchas causas e razones no se podía ni debía admitir las contradicciones que las partes contrarias les hacian ni el mandar detener dicho título sino que se le habia de entregar al capitan Benito de Prado,,". En su virtud, el Consejo de Hacienda dictó otro auto, de conformidad con el informe del Fiscal. Suplicaron de él la ciudad y el Obispo, que lo era D. Francisco Manrique, y en 7 de Mayo del año

siguiente (1591) un auto de revista del Consejo de Hacienda confirmó el anterior, mandando que, sin perjuicio del pleito pendiente en el Consejo Real, se despachase el título de Alférez mayor á Benito de Prado.

El disgusto con que la Ciudad de Orense vió la creación del cargo de Alférez mayor, continuaba en 1595, y su Corregidor, Licenciado Lopez de Cardenas, dictó un auto en 9 de Febrero de dicho año, prohibiendo, á todos los Regidores y al Alférez mayor, entrar en los estrados del Ayuntamiento con espadas ceñidas, bajo la pena de 300 ducados, y como se presentara con espada el Alférez mayor Benito de Prado, mandó el Corregidor al portero del Ayuntamiento se la quitase, lo que este hizo, en efecto. Apeló del auto el Alférez mayor para ante los Sres. Gobernador y Oidores del Reino, quienes libraron provisión para que el Corregidor explicase los motivos que le habían impulsado á dictarlo, á lo que contesta el Corregidor: que cree que donde se asienta la justicia no debe haber armas, para evitar desacatos que ha habido en otros sitios; que en Andalucía y otras provincias no se entra con armas en el Ayuntamiento, y que sucediendo en el de Orense que á más del Alférez mayor, hay un Regidor que es Capitán y otro cabo de las Compañías de la Ciudad, todos ellos querrían entrar y sentarse con espada: que estas fueron las razones que le obligaron á dictar el auto citado.

Posteriormente se practicaron diligencias en las ciudades de la Coruña y de Betanzos, de las que resultó que en ambas ciudades se sentaban los Alféreces mayores en los estrados de Ayuntamiento con las espadas ceñidas.

Por último, en 7 de Septiembre del mismo año de 1595, el Gobernador y Oidores fallaron el pleito en favor del Alférez Benito de Prado, mandando se le guardara la posesión en que estaba de llevar espada á los Ayuntamientos de la ciudad de Orense.

A. MARTÍNEZ SALAZAR.





RIMA

Es una niña delicada y pura;
Aún su corazón
No ha sentido el latir con que violento
Anúnciase el amor.

Es un joven falaz, en cuyo pecho
Insolente brotó
Por la niña inocente y candorosa
Impúdica pasión.

Cierta tarde se encuentran y, atrevido
El galán seductor,
A la niña en su oído unas palabras
Venenosas dejó.

.
.

Pasó la noche, amaneció, mas triste,
Sumida en su dolor,
Convulsa y pálida su faz divina
A la niña halló el sol.

Copioso llanto vierte, temblorosa
Escúchase su voz....
Y en sus manos febriles aun aprieta
Deshojada una flor.

AMADOR MONTENEGRO.





CRÍTICA LITERARIA

O DIVINO SAINETE, poema en oito cantos, por *M. Curros Enríquez*.—Un tomo de 116 páginas en 8.º—La Coruña: establecimiento tipográfico de la Papelería de Ferrer, 1888.

Refiriéndose á este nuevo libro de Curros Enríquez, decía con mucho acierto, y entre varias otras cosas, *El Motín*:

“Si el autor de *Aires d'a miña terra* no tuviese ya una reputación de poeta originalísimo y fácil, profundo á veces, cáustico otras, festivo en ocasiones, y siempre elegante y hábil en el manejo del dialecto gallego, esta obra se la hubiese dado.

“El asunto del poema es una expedición á Roma, con motivo del pasado Jubileo del Papa. Así como al Dante en su *Divina Comedia* se le aparece Virgilio, que le sirve de Mentor y de guía, á Curros se le presenta y acompaña en su

viaje, Añón, el distinguido vate gallego, muerto en la indigencia y excomulgado como hereje.”

Añón y el autor del poema se acomodan é instalan, como pueden, en el tren de los siete pecados capitales, tren que se dispone á salir con dirección á la Ciudad Eterna, y en el momento mismo en que Curros y su *cicerone*, después de una breve y sabrosa conferencia, determinan formar parte de aquella romería, y se mezclan y confunden en el convoy de peregrinos, comienza la acción del poema. Poema que el autor ha dedicado á *la juventud gallega*, y del cual dice Mariano de Cavia, en *El Liberal*, que es, “Atrevida parodia de *La Divina Comedia*, en donde parecen haber colaborado el arcipreste de Hita y el señor de la torre de Juan de Abad, Voltaire y Guerra Junqueiro, dando á sus chanzas demoledoras la forma exquisita de las *Canciones de las calles y los bosques*.”

Autorizadas, autorizadísimas son indudablemente las opiniones de *El Motín* y de Mariano de Cavia; á ellas me remito y con sus pareceres sumo el mío; pues si bien con esta suma—y me apresuro á confesarlo,—nada salen ganando ni perdiendo los preopinantes, mi opinión gana por lo menos la buena sombra que cobija, según el refrán, á los que se arriman á buen árbol; por supuesto, que esta conformidad mía no llega hasta aceptar eso de que el gallego *sea dialecto*, como *El Motín* lo llama, pues de esto habría mucho que hablar, y desde luego no es verdad indiscutible.

Dejando íntegra, para quienes tengan interés inmediato en dilucidarla, esta cuestión incidental—incidental en el caso presente por supuesto—diré á los lectores de *La Opinión* que *O Divino Sainete* consta, como en la cubierta aparece escrito, de *ocho cantos*, y de una introducción, de la cual nada nos dice la cubierta y que, sin embargo, vale más de lo que se necesita para ser mencionada.

En ella explica el autor las razones de peso que le determinaron á emprender su viaje á Roma.

“¿Quén, necesitado d’elas,
Non merca saude e groria,
Por unhas cantas cadelas?

—
Todo vai caro n’a vida.
A groria é que anda barata
Como a sardiña manida.”

Por estos y por otros motivos, expuestos siempre con oportunidad y gracejo y donaire, y que persuaden al autor á que emprenda la caminata, se verifica el viaje, antes de comenzar el cual, exclama el poeta:

“Triadas, miñas triadas
Que levades os tres fios
D’as frechas envenenadas:

—
Miñas triadas valentes,
¡Rachade os aires fungando
Como fungan as serpentes!

—
Ladrade, mordede, ride;
Onde haxa virtú, bicade,
Onde haxa vicio, feride.”

Con esta especie de enérgica invocación, termina lo que podría llamarse prólogo, y en la siguiente página da comienzo el poema.

En el canto primero, el poeta que, embozado en su capa, atraviesa una calle larga y oscura de Madrid, escucha, en medio del profundo silencio de la noche, cantos misteriosos que le dicen:

“—¡Ay d’o que busca a verdade
D’a fé c’o candil mortizo.
Que nunca deu craridade!

—
¡Ay d’o que en sombras camiña!
¡Ay d’o que quer facer caldo
E non ten unto e fariña!

—
¡Ay d’o que as festas condena
E quer millorar as xentes
Fuxindo d’elas con pena!”

El poeta Añon, anciano venerable, aparécese entonces al autor y le dice:

“Tí, que buscas sin paría,
Consolos pra’os disgraciados
E pr’as almas alegría;

Tí, meu coitado San Bode,
D'escepticismo repreto
Que quere creer... e non pode;

Tí, que ves n'un mesmo día
Nacer Dios e caer morto
De inania canto Dios cría...

Y-á espricarte non acertas
D'eses contrastel-as causas,
Pra tí entre sombras cubertas;

Disponte que vou levarte
Onde todol-os misterios
Han deixar d'atormentarte

Y-onde, d'a razon c'a axuda,
Non mais ch'estrocen a alma
Os negros dentes d'a duda.,,

Dicho lo cual, Añon hace que se siente á su lado el poeta en el último de los siete vagones que forman el tren, el cual se pone en marcha inmediatamente. Despídenlos allí, vitoreando al insigne Añón, Viriato, Prisciliano, María Pita, Macías, Vestiroy, Feijóo, que han acompañado y despiden llorosos al vate gallego y que son, como este dice al autor del poema, verdaderos santos aunque la iglesia no los canonicé.

En el vagón mismo viajan con el poeta y su guía...

"...os Preguizeiros
Que vindo tarde ó traballo,
Queren cobrar os primeiros.

Sonche os que gustan d'as troitas,
E como lles gustan, tentan
Pescar co'as bragas enxoitas.,,

La pintoresca y animadísima descripción de estos viajeros, con algunas interesantes noticias de las malandanzas de Añon, llenan el canto segundo del poema; en el tercero nos pinta el poeta, con vivísimos colores, el coche de la envidia.

“—Non pases d'a porta, tente,
Acrecentoume o poeta,
D'a envidia estás frente á frente.

E conven que non te colla
Por diante; este monstro vive
Somentes d'o que desolla.”

Con la franqueza y la lealtad que es debida, más que á otros, á los grandes artistas y á los hombres de feliz entendimiento, diré que en este canto bellísimo, como los ocho que tiene el poema, es de mal efecto—para mí lo ha sido, por lo menos—el rasgo de inmodestia con que termina:

“—Y Añon, amostroume un frade
Que iba os meus osos roendo.”

Habría sido más conveniente, en mi juicio, que el autor hubiese prescindido de su persona; máxime si había de presentarla como víctima de la envidia, presentación en que, perdónemelo Curros, yo no, porque sé lo que es y lo que vale, pero el lector que no lo conozca, puede hallar algo de soberbia, ya que, tratándose de tal poeta, no sería posible calificarlo con justicia de vanidad.

Es cierto que en el canto siguiente, uno de los más sentidos y quizás el más hermoso del poema, dice el autor que lo que él deploraba no era su propio mal, sino ver que de aquel modo se trataba á sus más esclarecidos paisanos. Las sangrientas ironías, las amargas reflexiones que, con este motivo ocurren á Añon, el compañero y guía del poeta, son verdaderamente admirables.

Profundos pensamientos, lenguaje vigoroso, indignación noble, dolores velados por la sonrisa triste de una resignación algo sarcástica, dan á este canto valor excepcional... en él nos pinta el poeta á los peregrinos carlistas que van rezando letanías...

“Y-os ollos baixos e inmovis
Meten un xefe carlista
Entre dous *ora pro nobis*.”

Del canto quinto podría decirse, en justicia, lo que dijo Cervantes de *La Celestina*: que sería divino si ocultase más lo humano.

En unas y en otras, y después de sabrosas y bien aliñadas pláticas, en las cuales Añón prosigue retratando á romeros y romeras, llega el tren á Roma y procura cada cual ir en busca de alojamiento sin que los peregrinos cesen en sus cánticos y en sus rezos y

“Xa dentro d’a Cibdá santa,
Vendo n’unha longa rua
Perderse á xente que canta,

Dixo Añón: ¡Danme trembores
De pensar que han d’ir o ceo
Tal fato de pecadores!

Y-eu:—Pois se son perdoados
¡Teña Dios, misericordia
D’os probes homes honrados!„

Bien á mi pesar, lo confieso, desisto de reproducir algunas estrofas de los cantos séptimo y octavo que tenía yo acotadas en el ejemplar para darlas á conocer á mis lectores; pero esta noticia es demasiado larga y no puedo *alar-garla* más. Las aventuras de Añón y del poeta en la ciudad santa, la descripción de la ceremonia en que

“O Papa trepa n’o estrado
Bota a bendición ó povo
Que o contempra entusiasmado.

E mentras os peitos ferven,
Todal-as testas se baixan,
Todal-as nádegas s’erguen..„

La enumeración de los regalos recibidos por el Sumo Pontífice; la comida con el Sumo Pontífice; la visita á la Exposición del Vaticano; las amargas y profundas reflexiones que todo esto inspira al poeta, son digno remate de este originalísimo trabajo que, no lo duden ustedes, será de los muy pocos, de los muy contados que en el transcurso de los siglos se salven del general naufragio en que han de desaparecer tantos libros de gran tamaño, y queden como muestra de la literatura española en el siglo décimo nono.

El poeta, de regreso á España, dice, como resumiendo las enseñanzas del viaje:

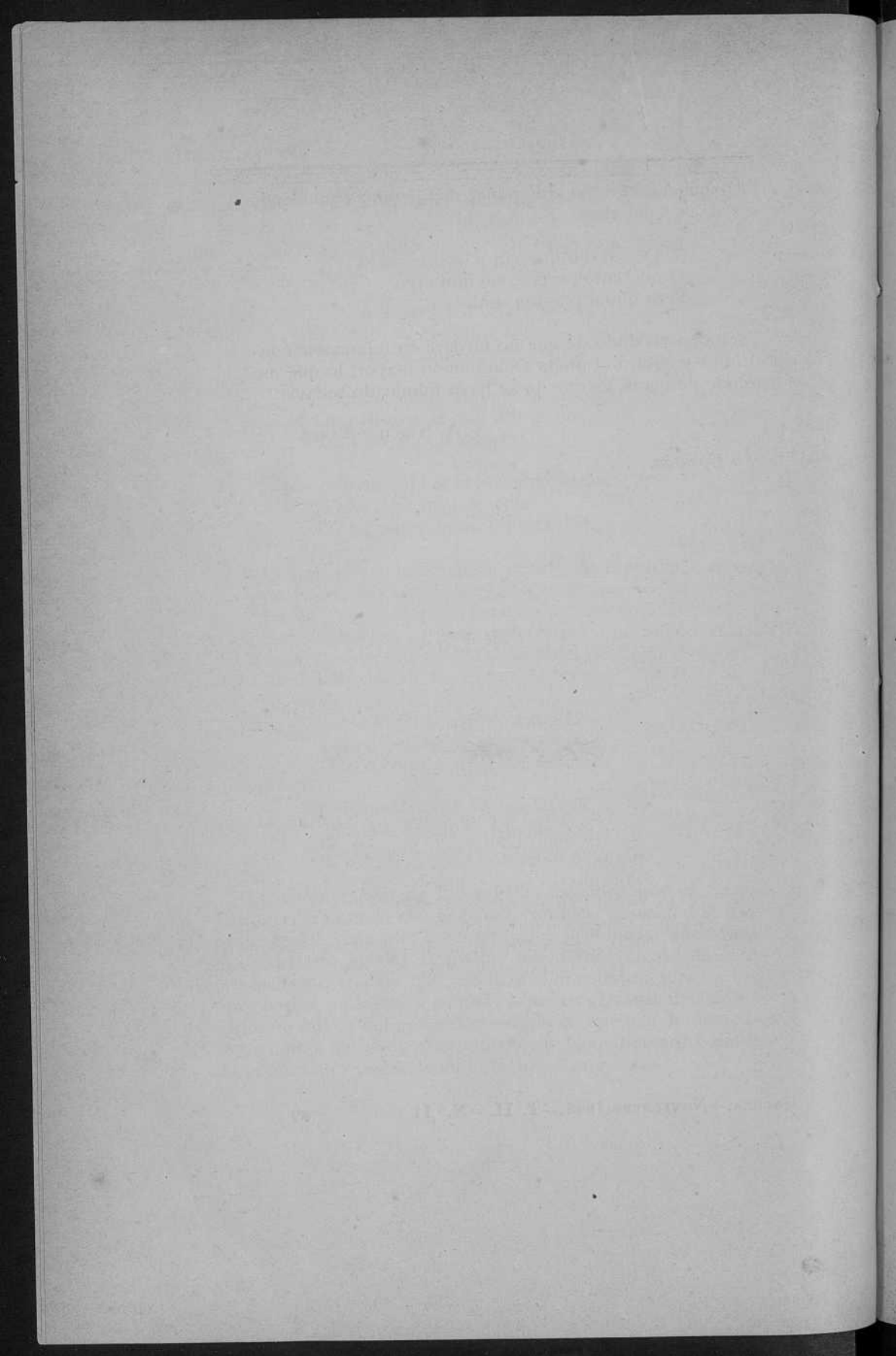
“Y-eu, d'o que vin parvo e mudo,
Desde enton creo... ou non creo...
Pero dudar ¡xa non dudo!,”

Tampoco yo dudo de que no tardará en fulminarse contra el libro y contra el poeta excomunión mayor; lo que me sorprende de veras, es que no se haya fulminado todavía.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

La Opinión.







EPIGRAMA

Xan, quixo ser un señor
E vivir sin traballar,
Sin tel'o con que pasar,
Pois era un probe pintor.
Eu non sei como logrou
O chegar'o á realizar:
Mais s'empañou en medrar
E por medrar *s'empañou*.

E. C. A.

Octubre, 14 de 1833.

EPICRAMA

With a preface by the author
and a list of the poems
which have been printed
in the various editions
of the works of the poet
by the editor.

L. C. A.



LOS TRES EXPÓSITOS (1)

POR

DON MARCIAL VALLADARES NÚÑEZ

III

Simón y Margarita, tristísimos, sin un cuarto casi, á pie y llenos de cansancio, llegaron, por fin, á su casucha, notando en ella vacío inexplicable que el corazón les oprimía y aunque Liborio los aguardaba ya fuera de cama y mejorado de su dolencia, el pesar mismo que observaban en el joven, por la ausencia de su hermano de leche Indalecio, traía les á la imaginación recuerdos que más y más los angustiaban. Verdad es que Simón lloraba menos que Margarita, pero sentía interiormente más. A los dos años, el trabajo del cam-

(1) V. el n.º 9.

po le fatigaba demasiado; dió en aflojar; si una semana se encontraba bien, otra se sentía mal. Pasáronse así algunos meses. Simón había cambiado enteramente y, notándolo Margarita, conociendo que su marido no podía salir ya á trabajar, hizo que Liborio, sin dejar el oficio de panadero, reemplazara á su padre en las casas á que, como jornalero, solía ir. Un día Simón quedóse en cama; quiso el siguiente levantarse, y no pudo; llamóse al médico, y este dijo que los síntomas eran de fiebre y: nada de alimento, mientras no se sabía el giro que tomaba la enfermedad, sobre todo mientras durase la calentura; pero la fiebre declaróse pútrida y, de tal manera se cebó en el enfermo, que, viendo el facultativo la cosa mal parada, dijo á Margarita sería bien avisara al señor cura, para que le confesase. Avisóle, con efecto; entró á ver al enfermo, que preparado estaba ya y, después de un recíproco saludo entre los dos, díjole el señor cura:

—Venía á visitar á V., amigo Simón, y acabo de saber que quiere confesarse.

—Sí, señor; quiero confesarme y, si á V. no le es muy molesto, ahora mismo me confesaría con V.

—Bien, hijo, bien. La confesión, lejos de perjudicar, tranquiliza y enfermos hay á quienes quita, además, gran peso de sobre su conciencia. Diga V. pues, el *Yo pecador* y empecemos, amigo mío.

Terminada la confesión, habló el señor cura un rato con el confesado; marchó aquél y, trayendo á poco la Majestad, seguido de multitud de feligreses que, previo toque á sacramentos, se reunieron, y con encendidas velas de cera la acompañaban, administrósele al enfermo, el cual, lleno de recogimiento y devoción edificante, la recibió, así como también, acto continuo, la Santa Unción.

De noche, experimentó recargo; durmió, no obstante, cerca de una hora y, al despertar, llamó á Margarita para que le humedeciera los labios; humedeciéndolos ésta con un pañito mojado en vino, y díjole luego el enfermo, con voz pausada:

—Margarita, esposa mía, compañera de mi vida, esto se va; esta luz se apaga y quiera Dios vuelva á encenderse en el cielo.

Margarita enternecióse y, acariciándole el rostro con la mano, contestó:

—Estamos á lo que Dios disponga; hágase su voluntad y no la nuestra.

—¿En donde va Liborio?

—Aquí estoy, padre mío, respondió el hijo, asomando al lac'o de su madre.

—No te veía. Quiero despedirme ahora de vosotros, porque más tarde no podré, acaso. ¡Qué triste es la muerte y cuán á prisa viene en busca mía! No me la hagais horrible, Señor, dijo, alzando al cielo los ojos, y muera yo en vuestra gracia.

Luego añadió:

—Ya sé, Margarita, que nada, ó casi nada, dejo en el mundo; que esta casita y su huerto son tuyos; quiero, de consiguiente, que mi entierro sea modestísimo; pero te encargo ruegues mucho á Dios por mí. Y tu, Liborio, hijo mío, recibe mi bendición, pide á Dios también por mí y no desampares á tu madre.

Margarita y Liborio lloraban y enjugábanse las lágrimas con las manos. El enfermo reclinó la cabeza sobre la almohada y, con voz imperceptible, continuó:

—Siento no poder despedirme de Indalecio y bendecirle igualmente; pero Margarita le bendicirá en mi nombre cuando llegue.

Por la mañana, si bien algo más despejado, sobrevinole á las once una aflicción, y el señor cura, que acababa de llegar y la presencié, comprendiendo la gravedad del paciente y que su vida iba extinguiéndose á pasos agigantados, no le abandonó ya y, exhortándole, ayudándole á bien morir, estuvo hasta las dos y media de la tarde que espiró; bajó á anunciar el fallecimiento y se retiró.

Margarita entonces, de pie en el umbral de la puerta de su casucha y cruzadas las manos sobre la cabeza, puso el grito en el cielo; Liborio hizo lo mismo, golpeando los brazos sobre la artesa de la cocina, que al punto se llenó de gente, pues á los gritos acudieron vecinas y vecinos: dos de los segundados cogieron al mozo y le llevaron consigo á fuera; de las primeras, una, la más apuesta, cogió también á Margarita y sentándola en un banco, procurando consolarla y que se serenara un poco, dijo seguidamente:

—Gritos y lloros, Margarita, no resucitan á tu marido, nada adelantan y, como reza el refrán, "muerto á la hoya y vivo á la olla." Conque así, ánimo, pensar en lo que hay que hacer.

Y, dirigiéndose á dos muchachos, que allí estaban, añadió:

—Tu, Angel, inmediatamente á *Samartiño* á dar tres *folgas* largas, para que las gentes oigan y rueguen á Dios por el finado; tu, Valentín, á casa del enterrador, para que esta noche sin falta venga á vestirle y abra mañana la sepultura; yo me encargo del hábito y de la caja que traeré de casa de *Novo* de la *Bandeira*, cuidando sea de las mas baratas, y tu, Rosalía, quédate ahí con Margarita, pues voy á hacer que mi José hable, acerca del entierro, con el señor cura y busque dos sacerdotes para acompañar el cadáver á la iglesia y celebrar en ella, con dicho señor, el funeral.

Ejecutóse todo sin demora, y el día siguiente á las diez de la mañana, precedido del guión parroquial, en hombros de cuatro jóvenes solteros, seguido de los dos sacerdotes y todos los vecinos de la aldea, partió el cadáver de la casucha mortuoria, cantándose en el camino algunos responsos hasta la iglesia, donde se celebró la función de entierro.

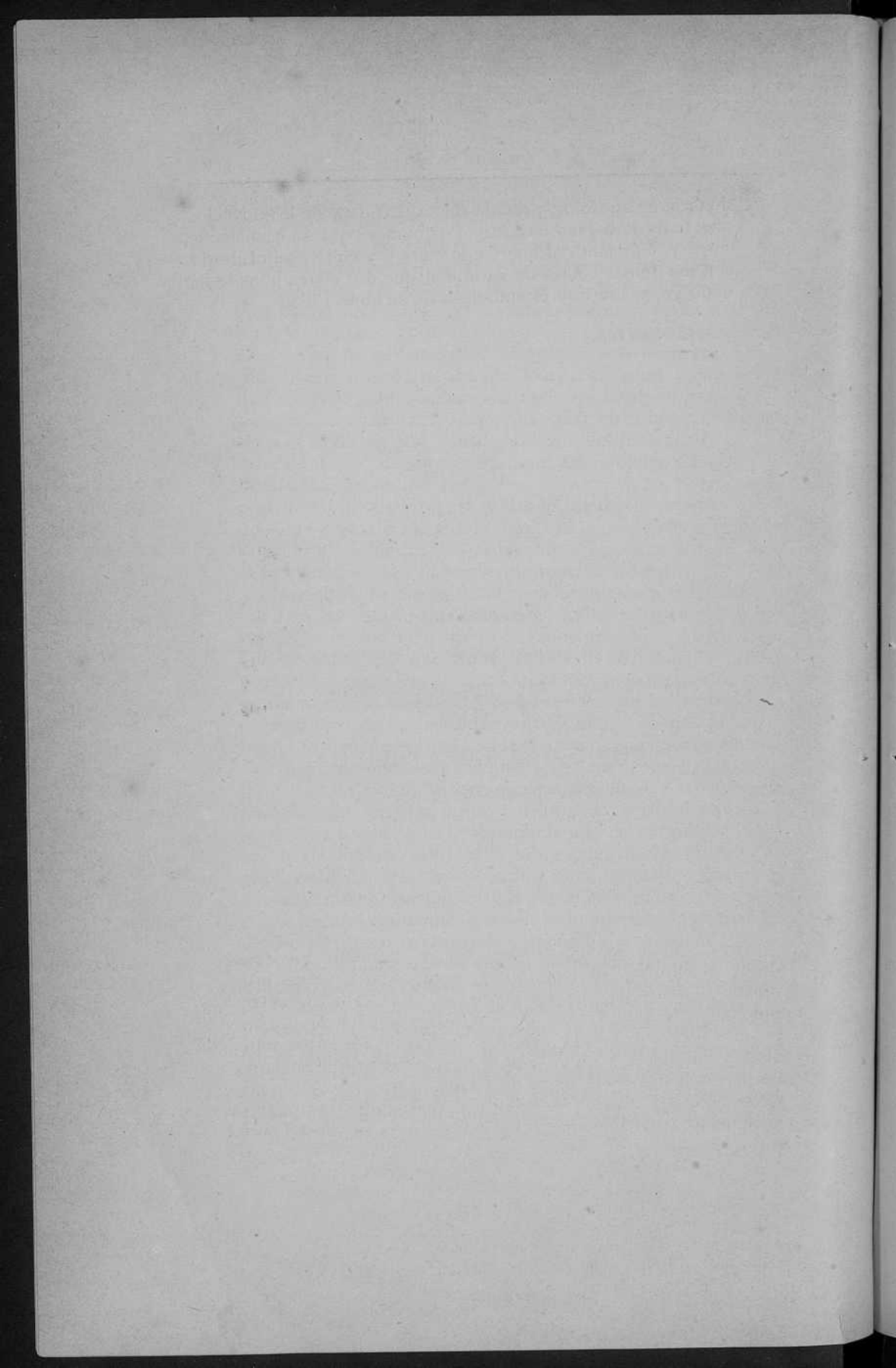
Margarita, en medio de su agradecimiento á la vecina que tan bien las cosas habia dispuesto, no sabía apenas que hacerse y, á no ser por respeto á la memoria de su marido, por Liborio y hasta el que dirían, hubiéralo abandonado todo y echádose á pedir limosna; mas, comprendiendo que su vecina tenia razón, acordándose del refrán que habia traído á cuento, hizo de la necesidad virtud, cobró ánimos y, aprobando lo ordenado, pidió dinero para pagar gastos funerarios, médico, medicinas y demás que ocasionado habia la enfermedad de Simón, dinero que pronto llegó á satisfacer y, para lo cual, deseosa de no entraparse, vendió en la primera feria á que pudo ir, no sólo la tela ds estopilla, á camisas destinada, sino también la cabra, pues de los muchos chivitos y chivitas que habia parido ésta, unos, se mataran y consumieran en casa, lo mismo que el marranillo; otros, vendidos fueran igualmente, para salir de apuros: así es que, en vez de prosperar, todo en su casucha fué á menos.

Liborio, luego que se vió sin padre, sin Indalecio que le ayudara y con su madre en situación tan angustiada y mísera, echó sus cuentas, trató de fijar su suerte, de acomodarse, y casó en la parroquia misma con una mujer honrada, hija única y que aportó al matrimonio algunos intereses, ó bienes de fortuna, razón por la cual tuvo que dejar la casucha de su madre y llevarse consigo á ésta, tanto más, cuanto no consintió su mujer quedara sola, ni justo era aban-

donarla en su dolor, privada de su marido y de los dos hijos que tanto le habían costado. Por manera que su casucha se cerró y, en cuanto al huerto, le cultivó y cultiva aún Liborio con los demás bienes de su mujer, que dos ó tres hijos le ha dado ya, y son hoy el embeleso de su abuela.

(Continuará.)







LA HIPNOLOGIA EN NUESTROS DIAS

DISCURSO LEÍDO EN LA
UNIVERSIDAD LITERARIA DE SANTIAGO DURANTE LA
SOLEMNE INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO
DE 1888 A 1889 POR
D. TIMOTEO SÁNCHEZ FREIRE
CATETRÁTICO DE CLÍNICA QUIRÚRGICA.

Ilmo. Señor:

No es de ahora: el arte de producir el sueño conócese desde mucho há. No hace falta remontarse á aquellos brumosos tiempos en que las leyendas y las fábulas, entremezcladas de peregrino modo con la Historia, hacen casi imposible la crítica sensata y juiciosa; y buscar allí en las pitonisas y las sibilas, y en el templo de Delfos y de Esculapio las primeras manifestaciones del sueño provocado. Ni siquiera es menester acudir á las religiones de la India y trabar conocimiento con los faquires y los magos, cosa en verdad muy

del gusto de ciertos orientalistas, para dar antigüedad suficiente á tal estudio. Semejante excursión, harto fácil por otra parte, no creo que sirviera de mucho en este asunto, como no fuese ameno paréntesis, que bien puede perdonarse en gracia á lo importante de la materia que me espera. Dejando, pues, á un lado cuanto pertenece á épocas más ó menos leyendarias, habré de empezar este rápido bosquejo desde el momento en que la cuestión se asomó á los umbrales mismos de la ciencia para llegar al presente histórico, en que penetró de lleno en su anchuroso templo.

No me detendré por tanto á examinar las diversas fases por que atravesó, ya unida á prácticas supersticiosas más ó menos vitandas, ya formando parte de los programas del charlatanismo, ya desfigurada y pervertida por las impurezas con que la ignorancia y la mala fe la revestían y entreveraban. Durante todo ese tiempo, la verdad fué ahogada entre los múltiples brazos de la hidra del error, y sólo pueden hallarse con gran trabajo muy vagas huellas de su existencia.

Mediado el siglo pasado, un hombre de ciencia, doctor en Medicina, conocido como escritor y naturalista, anunció un prodigioso descubrimiento, merced al cual iba á transformar la Medicina y la Física general. Gracias á él, las enfermedades quedarían poco menos que anuladas, explicados los arcanos del microcosmo, conocidas la esencia y aplicaciones de nuevas fuerzas y hecho el hombre dueño de la clave del mundo moral. Este programa, aun sin contar con las circunstancias del momento en que aparecía, favorables en demasía para que fuese acogido con entusiasmo, encerraba sobradas promesas y hartas maravillas para que no alborotase los ánimos, que siempre los hombres se fueron de buen grado tras lo desusado y misterioso. Por su parte Mesmer, que éste era el noticiero, no omitió nada de cuanto podía difundir y propagar la buena nueva. Dirigió comunicaciones á sociedades sabias, admitió adeptos y discípulos, y estableció centros curativos adonde los enfermos concurrieron para ser tratados por el nuevo método.

Si las academias se mostraron asaz desdeñosas con quien se anunciaba como un revolucionario en el campo de la ciencia, no así la opinión, que impresionada primero por el pomposo anuncio, y por determinados resultados más tarde, se declaró por gran mayoría partidaria del apóstol. Hombrés de cierta notoriedad científica ss hicieron discípulos del

nuevo maestro, multitud de enfermos acudieron á su clínica, y por todas partes se extendió la noticia del famoso procedimiento. Estas y otras circunstancias hicieron que al fin se decidiesen las sociedades científicas á nombrar una comisión encargada de estudiar el asunto y de resolver en consecuencia.

La comisión, de la cual formaban parte hombres tan esclarecidos como Franklin, Lavoissier y Jussieu, presenció y practicó diversos experimentos, tratando de investigar lo que había en la materia. Como era natural, sus trabajos se dirigieron de preferencia á comprobar las doctrinas expuestas por Mesmer, y en este terreno, fuerza es confesar que no quedó bien parada la fama del novador. No fué posible, claro era, hallar indicios de los flúidos magnético y antimagnético, ni en la cubeta, ni en los conductores, ni en las manos del operador. Practicando después experimentos en varios enfermos, obtuviéronse, sin embargo, algunos resultados, tales como la producción de somnolencia, y aun un verdadero sueño en algún caso; siendo esto causa de que Jussieu formulase su parecer en un voto particular, en el cual, tras muy atinadas consideraciones, afirma que cree que la imaginación exaltada puede dar lugar á los hechos observados, añadiendo que el estado nervioso especial que se produce puede ser de tres grados, que denomina eretismo, éxtasis y ausencia de facultades volitivas; terminando con decir que Mesmer y sus discípulos están en camino de hacer un gran descubrimiento.

Desgraciadamente, dióse ante todo Mesmer, no á observar y comprobar lo visto, sino á buscar explicación para ello; cosa en verdad no muy razonable á los ojos de los que hoy preconizan la observación y experimentación como base del saber, pero muy en uso en la pasada centuria. Y dióse, aún en mayor grado á compensar sus afanes, con el oro de sus creyentes. Colocado en esta senda, sin más guía que su imaginación, preñada de ideas y abstracciones extrañas y con tendencia á lo maravilloso, y aguijado por la codicia, no es de admirar que, perdido el derrotero, se apartase cada vez más de lo único verdadero que había en su práctica, y se echase en brazos de un charlatanismo, más propio del superchero y baratador, que del hombre estudioso y honrado. Conviene advertir, no obstante, que no toda la culpa de tal proceder debe cargar sobre el inventor del *magnetismo*: de ella corresponde no poco á las ideas entonces dominantes; al estado general de la ciencia y á las tendencias de una épo-

ca agitada por no pocas tempestades políticas y sociales á la vez, tempestades que si llevaban en algún caso, como las cósmicas, el oxígeno vivificador en sus entrañas, también encerraban las tenebrosas oscuridades donde se fragúa el rayo.

Y aconteció lo de siempre: que la reacción se abrió camino y llegó el fin; y á su empuje abrumador desaparecieron los entusiasmos que el magnetismo había despertado, á pesar de adalides tan esforzados como el prudente y desinteresado D'Eslón, catedrático de la Facultad de Medicina de París, y el abate Hervier, que tomó su defensa desde el púlpito de la catedral de Burdeos. Y la magnetización á gran corriente, las varillas, las cubetas y el árbol magnetizado del boulevard de Saint Martín y otras baratijas de ridículo uso fueron relegadas al olvido.

De la liquidación del mesmerismo resultaba, no obstante, algún activo, que recogieron y acrecentaron Tardy, Bonnefoy, Ch. de Villerd y otros; pero muy especialmente el marqués de Pugsegur. Este, si bien no se había emancipado de las preocupaciones de su maestro, pues como él admitía la predicción, adivinación, doble vista, el conocimiento de las propias y ajenas enfermedades y más quimeras del *mesmerismo*, reunió sin embargo gran número de hechos positivos, con los que hubo de atenuar las antipatías del proceso mesmeriano, y pudo vislumbrar la sugestión que caracteriza el hipnotismo de nuestros días, reduciéndola á la fórmula: *cro-yez et voulez*.

Las turbulencias político-sociales, ocurridas á últimos del siglo pasado y principios del presente, habían llenado de inquietudes los ánimos de las gentes, y tal estado no podía menos de reflejarse en el magnetismo por los caracteres de languidez de un largo período, durante el cual continuaron sus entecos adeptos sin apartarse gran cosa de las teorías anteriores, ni avanzar un paso en el camino de la verdadera observación.

Ya el siglo XIX había entrado en la segunda década, cuando renace en los espíritus la tranquilidad y el amor al estudio, y en su consecuencia alguno que otro soberano, varias corporaciones científicas y profesores conspicuos como Wolfart, Hufeland, Treviranus y Sprengel se aficionaron al magnetismo y contribuyeron un tanto á su adelantamiento. Por entonces, el abate Faria tuvo el buen sentido de arrojar el pozal con que se intentaba extraer de inaccesibles profundidades las teorías del sueño provocado, dando así al traste

con el fluidismo reinante, de donde el magnetismo tomaba su nombre; y á la vez probaba prácticamente que el mandato imperativo, que constituye una de las formas sugestivas, era suficiente para producir el sonambulismo. Poco después, pide Foissac á la Academia de Medicina de París su veredicto, y una comisión compuesta de once esclarecidos miembros hace constar, transcurridos que fueron seis años de observaciones y experimentos, que, merced á cierta técnica de procedimientos variables, se producen sorprendentes fenómenos, como son el sueño, el sonambulismo, la debilitación y la energía de las fuerzas orgánicas, anestesia general aun en las operaciones mayores, conservación en los sonámbulos de todas las facultades que tienen en la vigilia, olvido completo de cuanto ocurre durante el sueño artificial, y facilidad progresiva de los individuos para ser dormidos. En cuanto á las aplicaciones terapéuticas, opinaba la comisión que eran insuficientes los hechos observados para informar acerca de su utilidad, no obstante de haber obtenido muy ventajosos resultados, y aun la curación de parálisis, dándose además el caso de que uno de sus individuos, M. Itard, había conseguido por tales medios mejorarse notablemente de una penosa enfermedad crónica.

Así y todo, cuanto hasta entonces se había hecho no podría adquirir títulos de propiedad en los vastos dominios de la ciencia, si Braid, con el acierto, la profundidad y los trabajos del hombre instruido y sagaz, no consiguiese integrar los estudios de sus predecesores negando toda acción magnética, perfeccionando la técnica é iluminando las oscuridades de la *sugestión*, ó sea el modo de imbuir á cada cual en todo tiempo y con el carácter de verdaderas, las ideas que este posee de antemano. De este modo consiguió sustituir la palabra magnetismo, que induce á errores teóricos, por la de *hipnosis*, que simplemente significa sueño, y cimentó sólidamente la *Hipnología*, que por entonces era más lógico se la dominara *Braidismo*. Al mismo tiempo, Derling en Inglaterra y Grimes en América contribuían no poco al perfeccionamiento de la Hipnología.

A partir del año sesenta hasta el momento actual, ya sería difícil tarea seguir paso á paso la evolución progresiva de la Hipnología. Y es que las asociaciones científicas, y profesores tan eminentes como Richet y Charcot por un lado, y Durang de Gros, Liebault, Bernheim y Beaunis por otro, ó sea la escuela de la Salpêtrière y la de Nancy, como también

Ochorowicz y Sánchez Herrero y tantos otros, han conseguido que la Hipnología haya entrado definitivamente en la Biología y que forme parte interesantísima de las ciencias antropológicas, de las que recibe y á ellas suministra todos los auxilios que se derivan de su íntima unión. Y así se ha elevado hasta la categoría de una especialidad, cuya importancia en el terreno de la Psicología y de la Terapéutica en nada cede á la de otras especialidades médicas. Y baste lo expuesto para que se comprenda que la Hipnología empezó como todos los conocimientos humanos: por algo informe que á través de opuestas crisis ha seguido desarrollándose con laboriosidad suma hasta alcanzar indiscutible razón de ser.

Sin embargo, por más que la hipnosis no rebase del término del orden natural, ni agite otras actividades que las propias consuetudinarias de cada individuo, es lo cierto que por el cortejo de fenómenos extraordinarios que lleva apareados y por el dominio avasallador que ejerce en quien la recibe, tiene la virtud de conmover las susceptibilidades y aptitudes de muchas gentes indiscretas que, sin darse treguas para conocerla, murmuran de ella y la maltratan. Tiempo es de que los hombres de saber y de buena fe la estudien en todos sus alcances y la defiendan como propiedad suya, á la vez que nuestros higienistas del alma cuiden meramente de que esta no se enrede y manche en los laberintos hipnóticos.

He ahí las razones que han engendrado en mi ánimo el propósito de traer á esta solemnidad un boceto de la HIPNOLOGÍA EN NUESTROS DÍAS, cuidándome cuanto en mí cabe de no alterar en nada sus formas, ni su colorido.

(Continuará.)

LA COMERCIAL:

Establecimiento Tipográfico de la Papelería de Ferrer

REAL, 61.—LA CORUÑA

1888